

LA PROTESTA

SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO VIII
N.º 300

BUENOS AIRES, FEBRERO 18 DE 1929
PORTE PAGO

20 Centavos
El ejemplar



SUMARIO DE ESTE NUMERO :

REDACCION: Apuntes.—El próximo número del SUPLEMENTO—LUIS FABBRI: Ideas y críticas—
EDUARDO MILANO: El primer paso hacia la anarquía—JOHANN MOST: La peste religiosa—
ELISEO RECLUS: El porvenir de nuestros hijos—D. A. DE SANTILLAN: El capitalismo
moderno—DONNOR: Primo de Rivera—J. ALCINA NAVARRETE: Fragmentos—
MAX NETTLAU: La responsabilidad y la solidaridad en la lucha obrera—

BIBLIOGRAFIA

APUNTES

LA NIVELACION DE LOS SALARIOS

El capitalismo no se sostiene por la fuerza o la inteligencia de la burguesía, sino por haber sabido encontrar en sus mismas víctimas los puntos de apoyo y los baluartes de defensa mejores. La vitalidad del capitalismo, más que en ninguna otra cosa está en el envenenamiento mental de la sociedad entera con las aspiraciones y la mentalidad capitalistas. Y no excluimos de ese círculo funesto al proletariado, ni siquiera de una manera absoluta al proletariado revolucionario.

Una cosa es llevar en los labios una prédica anticapitalista y otra obrar y pensar con conciencia esencialmente hostil al capitalismo. No es anticapitalista la simple lucha del obrero por la elevación de los salarios en tanto que tal, porque esa lucha puede llevarse a cabo con una conciencia y un espíritu capitalistas, que por desgracia están demasiado generalizados.

A ese arraigo del capitalismo en los espíritus hasta de los que más enemigos se dicen del presente orden de cosas se debe la lentitud del progreso de las ideas realmente justicieras, igualitarias y libertarias, sobre las cuales será preciso edificar la sociedad del porvenir.

Hace casi treinta años que Max Nettlau escribió su folleto inolvidable sobre la responsabilidad y la solidaridad en la lucha obrera. Teóricamente fué aceptado por todos los anarquistas y sindicalistas revolucionarios; pero en la práctica no se ha dado un paso adelante en ese sentido. Y es que los conceptos expuestos por nuestro compañero, las líneas de conducta a seguir que se desprenden de aquella idea magistral del trabajo responsable, son profundamente anticapitalistas.

Lo mismo podríamos decir de otra idea que se ha aceptado teóricamente por cuantos reflexionaron sobre ella, pero que en la práctica no ha tenido ninguna eficacia ni ha suscitado ninguna energía en pro de su realización: la idea de la nivelación de los salarios.

En la desigualdad de los salarios tiene el ré-

gimen capitalista sus más seguros puntales. ¿Qué se ha hecho, qué se hace para quebrantar esos sostenes? Digamos que no se hace nada digno de mención. Ni siquiera se hace propaganda para divulgar ese concepto y estimular al proletariado a ponerlo en práctica.

Veamos algunas consecuencias de la desnivelación de los salarios en el terreno internacional. Con las nuevas formas del capitalismo repercutirá menos que hasta aquí la diversidad de altura del salario en los diferentes países, porque en general el factor obrero tiene menos importancia ya que el factor mecánico. Pero con el capitalismo de la libre concurrencia los efectos de la desigualdad de salarios eran desastrosos para las luchas del trabajo con el capital. Así hemos visto a los capitalistas trasladar sus industrias a las colonias, donde los trabajadores eran obligados a trabajar jornadas extraordinariamente largas por jornales excesivamente restringidos, teniendo eso por resultado una desocupación permanente en las metrópolis, la emigración de brazos, el malestar económico, etc., etc. O bien se favorece a los industriales de un país contra los de otro, que a su vez se esfuerzan por contrarrestar la competencia mediante el empeoramiento de las condiciones de trabajo y de los salarios de los propios trabajadores. ¿Cuántas veces se ha visto a los capitalistas resistirse a aceptar un pliego de condiciones o imponer en la primera ocasión una reducción de salarios o un aumento de la jornada con el pretexto de que los obreros de otro país concurrente se someten a condiciones peores, lo cual permite a sus amos competir por la baratura de sus productos en el mercado! Y no hablemos ya de la emigración que lleva hacia el lugar hoy favorecido por altos salarios a caravanas de obreros de determinados oficios que luego provocan el exceso de brazos, la caída de los salarios y la desocupación.

Y lo que pasa en el orden internacional sucede más o menos en el orden nacional, por efecto de la desigualdad de los salarios en

las diversas provincias y regiones. Y peores aun, porque afectan más directamente la psicología obrera, son las diferencias de salario entre gremio y gremio. Por una parte esas diferencias rompen toda solidaridad de clase, toda conciencia unitaria, toda mancomunidad de esfuerzos y de pensamiento contra el enemigo común, por otra los gremios más favorecidos adquieren una especie de posición aristocrática, que suscita el odio y la desconfianza de los más pobremente remunerados. El obrero de un gremio privilegiado mira de arriba a abajo los oficios que no alcanzaron su nivel económico de bienestar material, y espiritualmente se siente más solidario con la burguesía que con el resto de los trabajadores. Eso se puede constatar a todas horas y en todos los ambientes.

Nosotros hemos reconocido como un hecho real la división de lo que se llama clase obrera y frente a los predicadores del "frente único" no nos ha importado reivindicar el mote de escisionistas. Pero en el fondo somos los más legítimos partidarios de la unidad de clase, de la unidad del proletariado contra el capitalismo y el Estado, sus enemigos naturales; sólo que no pretendemos alcanzar esa unidad con declamaciones retóricas, sino con algo más positivo, con la reivindicación de la igualdad de salarios o al menos con una tendencia en ese sentido. El día que la corriente de justicia de la nivelación de los salarios tuviese una relativa fuerza en los hechos prácticos, el frente único que hoy predicaban los bolchevistas se produciría espontáneamente en las grandes masas.

Lo mismo hay que decir de las diferencias de salario dentro del mismo gremio y de la misma localidad. Pero sobre todo lo que mantiene un espíritu antiigualitario y antilibertario es la remuneración diversa del obrero de oficio y del peón en el mismo establecimiento. Algo han hecho contra la escisión resultante de esas condiciones nuestros sindicatos; sin embargo, la idea de nivelar los salarios ha hecho muy pocos progresos. El Obrero de oficio considerase con derecho a una remuneración mayor, no porque sus necesidades sean más grandes que las del simple peón, sino por haber logrado aprender un oficio. Sobre esa desigualdad material, que se traduce pronto en desigualdad espiritual y de clase, no es posible cimentar una nueva sociedad de justicia.

Igualmente por lo que se refiere a la remuneración diversa de las mujeres y de los hombres que trabajan. En fin, la desigualdad de los salarios se convierte así en un factor de estabilización del régimen capitalista por obra

misma de sus víctimas, porque con un salario mayor o con uno menor, un hecho queda siempre en pie: que se es asalariado, es decir esclavo, es decir no libre.

Los anarquistas deben unir a sus reivindicaciones inmediatas, tanto por las ventajas prácticas para la lucha y la organización revolucionaria contra el capitalismo, como por las condiciones teóricas, por la mentalidad que sugiere, la nivelación de los salarios en todos los órdenes de vida y de trabajo, sea internacional como nacionalmente, en todos los oficios y dentro del mismo oficio, sin olvidar a la mujer. De ese modo lucharán directamente por formar el nuevo espíritu social dentro de la vieja sociedad del privilegio.

LA GUERRA QUE VIENE

En un aspecto marca el pensamiento anarquista actual, sin duda alguna, un camino bien meditado y seguro para llegar a resultados positivos: en el aspecto de la guerra a la guerra, de la lucha contra el militarismo. En este terreno ningún otro partido o tendencia, ninguna ideología europea o asiática, antigua o moderna, tiene tanta claridad y una lógica tan irreprochable.

La guerra no se combate con el militarismo. Los bolcheviquis hablan de pacificación, de desarme, pero, lo mismo que Calvin Coolidge proponía la reducción de los armamentos navales al mismo tiempo que aprobaba los créditos monstruosos de las nuevas construcciones, mientras en Ginebra Litvinoff hace demagogía en favor del desarme completo de las naciones, la escuela superior de guerra del ejército rojo celebró en todo el país el décimo aniversario de su creación. Esa escuela superior de guerra de la Rusia bolchevista es un almacigo de veneno militarista, como las escuelas y academias militares de los Estados "burgueses". Sólo que hay una pequeña diferencia: mientras los cadetes de las escuelas y academias militares de los países capitalistas, son por lo general de origen aristocrático o "hijos de papá", en las escuelas militares rusas predominan los cadetes de origen proletario y campesino. He aquí las cifras de la escuela superior de guerra rusa: en 1919 tenía entre sus alumnos 13.8 por ciento de obreros, 19.6 de campesinos y 66 por ciento diversos, entre ellos muchos jóvenes oficiales. En 1928 cuenta 77.7 por ciento de obreros y campesinos y 11.9 por ciento de antiguos oficiales. Entre los alumnos el 77.8 por ciento son comunistas y el 99 por ciento tomó parte en la guerra civil (v. L. Leontin, en

"L'Ere Nouvelle", diciembre de 1928, París). El director de la escuela es el general zarista Eideman y el 42 por ciento del profesorado está compuesto por antiguos oficiales del zar, entre ellos Svetchin, Novitzky y Bobrorolski. Indudablemente ese no es el camino de la paz y de la abolición de la guerra. Se cambian los uniformes del ejército, se cambian las consignas, pero el militarismo queda intacto.

Nadie ha descubierto tampoco mejor que los anarquistas las mentiras del patriotismo, del nacionalismo, de la defensa nacional, etc., etc.

Para nosotros no hay agresores ni agredidos en las guerras; no hay más que agresores; no hay vencedores y vencidos, sino sólo vencidos. Y de la mano de esas constataciones que no es necesario demostrar, porque la gran experiencia de 1914-18 ha sido suficiente probatoria, fijamos nuestra actitud mental y nuestra posición práctica en todos los conflictos bélicos entre las naciones.

Recientemente hemos tenido el conflicto boliviano-paraguayo; después del ruido de los primeros tiempos, se ha resuelto postergar la ejecución de planes meditados hace mucho en los conciliábulos diplomáticos. En ese choque, que se produjo prematuramente para culminar en la guerra hecha y derecha, se arguyó por parte de Bolivia que el Paraguay había provocado la acción militar; el Paraguay ha replicado en sentido opuesto, culpando de todo a Bolivia; nosotros hemos gritado que los gobiernos y la burguesía de ambos países eran los agresores y provocadores, y teniendo presente que los resultados de una guerra no habrían significado la victoria de un pueblo sobre el otro, sino la derrota de ambos pueblos y la victoria exclusiva de los respectivos gobiernos, fijamos automáticamente nuestra posición irreductible contra la guerra amenazante, sin dejarnos llevar de prejuicios nacionalistas.

La guerra es cosa de los que mandan y de los poderosos, de los gobiernos y de los capitalistas; de los pueblos no es más que la revolución. Y no hay sofisma que pueda hacernos pensar en lo contrario.

A pesar de la locura nacionalista del Paraguay y de Bolivia, incluso de las masas obreras, salvo las debidas excepciones — locura producida sistemáticamente por el envenenamiento mediante la escuela, la prensa y la propaganda oficial, los pueblos no tienen en la guerra ningún interés propio que defender y en cambio pueden perderlo todo. Al contrario, en la revolución los pueblos defienden las bases fundamentales de su vida material y moral. Y sacrificio por sacrificio, más vale sacrificarse por los propios intereses que por intereses aje-

nos y diametralmente opuestos, como son los intereses de los gobiernos y de los capitalistas en comparación con los del proletariado, con los de los verdaderos productores.

HACIA LA DICTADURA

No sabemos si Irigoyen ha estudiado la historia alemana y ha visto el papel inmenso que han desempeñado las universidades en la formación del imperialismo germánico y de la dictadura del emperador, pero si no la ha estudiado y no sigue el ejemplo alemán, lo cierto es que la Argentina revela una singular coincidencia con la Alemania de los Hohenzollern desde el punto de vista de la reacción.

No es para nadie un secreto que el irigoyenismo tiende a la dictadura franca; de hecho está ya implantada, y sus testimonios inmediatos los tenemos en sus restricciones a la libertad de palabra y de crítica, en las invasiones militares a las provincias más o menos afectas a su autonomía y a sus caudillos, etc., etc. Esa pretensión de someterlo todo al poder central es de corte esencialmente dictatorial. El contagio, por lo demás, no podía detenerse ante Irigoyen, ensoberbecido por su triunfo electoral en las pasadas elecciones.

Pero la implantación franca de la dictadura requiere ciertas condiciones previas; ante todo es preciso confundir los intereses del irigoyenismo con los intereses nacionales, lo mismo que el fascismo en Italia y el bolchevismo en Rusia comenzaron por confundirlos y acabaron por sacrificarlos y por posponerlos, de tal modo que toda vida al margen de esos partidos triunfantes es sofocada despiadadamente en nombre del porvenir, de la civilización, etc. El que piense en Rusia en desacuerdo con el partido bolchevista, mejor dicho con su comité central, es un contrarrevolucionario digno de ser enviado a Siberia o fusilado; el que en Italia se atreve a emitir una opinión no autorizada por Mussolini es un enemigo de la patria susceptible de todos los castigos. Parece que se advierte la negra aurora del día en que en la Argentina será un crimen pensar en disonancia con el cartabón irigoyenista. La obra en ese sentido ha comenzado ya. Se pretende conquistar primero las universidades, donde hay una juventud que, si va a la oposición, sería demasiado peligrosa. En lugar de iniciar la dictadura mediante la formación de milicias fascistas, como en Italia, o de una Ossoviachin como en Rusia, Irigoyen piensa, como los emperadores germánicos, abrirse el camino hacia el poder absoluto mediante las universidades, y

para ello no se consentirá otro profesorado que el afiliado o simpatizante del irigoyenismo. ¿Qué es lo que espera a un país cuyas capas intelectuales consienten pasivamente semejante monstruosidad? Le espera la dictadura de Irigoyen, el envenenamiento de la juventud universitaria, la confusión popular y el fascismo del partido radical. La dominación de la escuela es tarea fácil, porque de hecho la escuela oficial fué siempre un instrumento pasivo del régimen político imperante, pero la universidad se había conservado un poco más independiente hasta ahora. Una vez dominada ella, no quedará otro foco de resistencia que el presentado por nuestro movimiento obrero libertario, que ya ha comenzado a ser aislado mediante el obrerismo presidencial, a que tuvieron el mal pensamiento de someterse los sindicatos de la Unión S. A., teóricamente partidarios de la acción directa. Nosotros no nos cansaremos de llamar la atención hasta de los que se dicen "enemigos", no debiendo ser más que "adversarios", para que reaccionen a tiempo y comprendan el peligro que entraña para el porvenir proletario y para el porvenir cultural de este país, la dictadura de Irigoyen. Si citamos a la U. S. A. no es con el fin de desprestigiarla, sino de llamar la atención de sus elementos conscientes para remediar con medidas oportunas los avances del irigoyenismo en su seno. Hay que defender la independencia del movimiento obrero contra las intervenciones políticas, y hay que estar siempre alerta para que no nos arrebatan ninguna de las conquistas progresivas tan duramente obtenidas. Contra el pensamiento de la dictadura debemos trabajar, cada cual en nuestro ambiente, todos los que nos damos cuenta de los peligros de su advenimiento; para ello no es preciso ninguna comedia de pactos solemnes; sólo hay que demostrar la voluntad de oponerse a la reacción obrando prácticamente. Cuando Irigoyen tenga las universidades y colegios nacionales en manos de sus secuaces, la obra de la fascistización seguirá su curso y poco a poco nos encontraremos, no sólo nosotros, sino todos, todas las corrientes de pensamiento, todos los partidos, ante este dilema: o doblegarnos y reconocer a Irigoyen o desaparecer. Esa es la esencia de la dictadura moderna.



El próximo número del Suplemento

Dedicaremos el próximo número de esta revista al estudio del "socialismo constructivo", uno de los temas ya abordados en sus páginas, pero no suficientemente esclarecido. Así queremos despertar el interés de los lectores por el estudio y por la comprensión de los infinitos horizontes que se abren al movimiento y a la iniciativa revolucionaria.

El "socialismo constructivo", sobre el que queremos en lo sucesivo transcribir alguna documentación regularmente, se expone cada vez más frecuentemente en la prensa anarquista; aunque es un viejo pensamiento, para la mayoría de nuestros lectores tendrá el interés de la novedad. Por eso hemos juzgado necesaria la transcripción de un estudio histórico previo de Rudolf Rocker, que seguramente ha de ser saboreado por todos los compañeros, y cuya difusión vale la pena.

Después de este número especial, pensamos dedicar otros a reflejar las nuevas corrientes pedagógicas renovadoras de la escuela, a exponer la crítica del anarquismo a la idea religiosa y a la iglesia y a recoger materiales y documentos sobre problemas de discusión y de estudio del anarquismo.

Esta revista será así un archivo indispensable para todos los estudiosos y para todos los que en el anarquismo ven algo más que una simple adhesión verbal, sin ninguna otra preocupación y sin ninguna otra inquietud.

¡Camaradas paqueteros y agentes! Se os recomienda la mayor difusión posible del Suplemento.

"LA PROTESTA"
(diario)

y el SUPLEMENTO
(revista quincenal)

Subscripción mensual a ambas publicaciones, \$ 2.50. — Pago adelantado.

Todo importe remítase a Mariano Torrente. — Perú 1537.

LUIS FABBRI

IDEAS Y CRITICAS

LA MORAL DE LA LIBERTAD

La evolución de la moral humana va del egoísmo a la solidaridad, en este sentido: que el egoísmo individual, entendido como tendencia natural a la satisfacción del propio yo, no desaparece de ningún modo, al contrario, permanece el resorte principal de las acciones humanas, pero encuentra su satisfacción, lo perfecciona y lo amplifica cada vez menos en el contraste entre los hombres, y cada vez más en su solidaridad.

Cuando creemos ver el origen de todo impulso de simpatía y de solidaridad entre los hombres en el egoísmo y en el utilitarismo, no hacemos más que una hipótesis, ciertamente. Por fortificada que sea por las pruebas de la lógica, por el testimonio de pensadores y filósofos insígnies, nosotros, sin embargo, damos a esa hipótesis un valor relativo.

Lo que nos interesa, en realidad, son las cosas tales como son y no sus lejanos orígenes en los tiempos de los tiempos. Es cierto e indiscutible que la moral de la solidaridad humana, tenga o no origen en la rebusca de la utilidad por parte de los hombres, en su aplicación procurará a los hombres una suma de utilidad fácilmente imaginable. Eso no tiene necesidad de demostración: no sólo los hombres, ayudándose recíprocamente, alcanzan una más elevada y completa satisfacción de sus necesidades, sino que se mejoran y aumentan las alegrías de la vida con los más dulces y elevados placeres del espíritu, sea del intelecto o del sentimiento.

El más grave obstáculo material que, en la vida de este perfeccionamiento moral humano, se opone a la realización y a la organización de la solidaridad humana, es constituido hoy por todas las instituciones autoritarias burguesas. Eso determina contra éstas la lucha revolucionaria de los anarquistas. Y anarquistas y revolucionarios se es, no como se podría ser persuadidos por la solución de un problema aritmético, no por la sola y fría deducción lógica, no por la sola convicción razonada, sino por un fuerte sentimiento del alma, — sentimiento formado por el deseo de una elevación cada vez mayor de la dignidad humana, formado por todo el amor a las cosas bellas y buenas, formado por todo el odio a las tiranías, las prepotencias y las explotaciones.

La anarquía se presenta así como el medio para restablecer el equilibrio entre el individuo y la sociedad, de modo que no sean como ahora sofocadas las tendencias a la solidaridad por los más agudos sufrimientos de la miseria y de la opresión: sufrimientos que obligan a cada uno a defender la propia existencia en daño de los otros, a tratar de condenar al hambre a los otros para asegurarse la vida a sí mismo. Sólo en una sociedad igualitaria y anarquis-

ta la utilidad de cada uno será la utilidad de todos, y viceversa.

Entonces el individuo sentirá más fuerte el vínculo que lo liga a la humanidad, estando sus intereses directamente ligados a los intereses de todos, siendo su libertad posible sólo a condición de que la sepa respetar en los otros como los otros, la respetarán en él.

Esta necesidad de estar de acuerdo (lo hemos dicho ya), esa necesidad de solidaridad es inherente en el hombre; esa necesidad, convertida en sentimiento y en conciencia a través de la evolución, ha terminado por constituir, en las relaciones de los individuos en el seno de las sociedades humanas, lo que llamamos *moral*.

Así consideramos como acción "inmoral" todo lo que ofende ese instinto nuestro de solidaridad humana; es inmoral lo que produce dolor, daño, disminución de bienestar y de libertad a uno o muchos individuos, — a menos que el daño no sea querido o determinado por la necesidad de evitar o combatir un daño mayor. Se comete una acción inmoral cuando en beneficio propio y en perjuicio ajeno se hace algo reconocido como injusto y que no se quisiera hecho contra uno mismo. En este sentido es, viceversa, moral en una sociedad lo que no lesiona la libertad, el bienestar y la vida de los coasociados; es moral todo lo que tiende a defender la libertad, el bienestar y la vida de cada uno, y que por consiguiente combate toda violencia u ofensa a la libertad, al bienestar y a la vida de un individuo o de una colectividad.

En este sentido se puede y se debe decir que los anarquistas ejercen una acción moral, en cuanto que, combatiendo contra el privilegio político y económico, contra toda coacción y dominación del hombre sobre el hombre y contra toda explotación, combaten precisamente contra la inmoralidad que consiste en la violación sistemática de la libertad, del bienestar y de la vida de los ciudadanos; y tienen un fin moral en tanto que, con una organización libertaria de las relaciones sociales e igualitarias, de las condiciones económicas, quieren aumentar la suma de bienestar y de libertad de todos y de cada uno.

Como se ve, la base de la moral de la solidaridad es siempre el precepto de que se atribuye el mérito a Cristo, pero que había sido pronunciado ya por los filósofos paganos e hindúes, de *no hacer a los otros lo que no se quisiera que se le hiciera a uno mismo*; precepto negativo que se completa con el positivo de *hacer a los otros lo que se quisiera que los otros le hicieran a uno mismo*. Como todas las fórmulas, también ésta, en su árida sencillez, es entendida en un

sentido amplio y complejo y no demasiado a la letra; pero el lector comprende por sí el concepto libertario de tal principio, que Kropotkin ha ilustrado magníficamente en su notable escrito sobre "la moral anarquista" y en algunos otros de sus trabajos más conocidos.

Esta norma, en la sociedad actual de base individualista, del "cada uno para sí" — los cristianos agregan "y dios para todos" — sería ciertamente demasiado evangélica y se traduciría en una norma antisocial de renunciamento, si fuese tomada demasiado a la letra y aplicada, en el régimen de opresión, solamente por los oprimidos, — practicando todo lo contrario los otros por el hecho mismo de ser opresores. Eso equivaldría a dejar libre curso, sin resistencia, en daño nuestro y de todos nuestros semejantes, a las peores formas de opresión y de explotación que caracterizan a la sociedad burguesa. Pero en una organización social libre y solidaria, se traduciría en el común acuerdo para hacer todos juntos, del mejor modo reconocido, cuanto es necesario para la satisfacción de las necesidades materiales y morales de cada uno; pues los individuos se habrán asociado precisamente para eso: para poder obtener de la asociación humana la mayor utilidad posible para cada uno de sus componentes.

Una interesante interpretación tan materialista de lo que se suele llamar la "moral" — a la que se da un sentido tan elevado y espiritual y a la que se refieren tantas nobles ideas abstractas de justicia y de amor, — parecerá chocar contra el idealismo que hemos reconocido como uno de los más eficaces resortes revolucionarios. Pero eso puede parecer sólo a quien no tiene el valor o la voluntad para analizar y remontar a los orígenes de las propias ideas y sentimientos. También el amor de dos prometidos puede elevarse a las alturas más inmateriales y espirituales; pero eso no impide que su determinante más íntimo y su último objetivo más natural sea la necesidad fisiológica del contacto sexual y la satisfacción del instinto de reproducción. Se equivocaría uno al desconocer esta verdad natural, que sólo el inmoral prejuicio cristiano del pecado original quiere hacer aparecer impura.

Esta moral libertaria no tiene nada que ver, se entiende, con la moral de las convenciones, de los preconceptos religiosos y de las leyes imperantes en la sociedad actual, las cuales, si en alguna parte responden a ciertas necesidades y al presente estadio de la evolución, en la generalidad son una inmoralísima codificación de la injusticia, de la violencia, del malestar de los más, de la muerte de muchos.

La moral burguesa y autoritaria sanciona en nombre del patriotismo el asesinato colectivo, en nombre de la familia el mercurio y el uxoricidio, en nombre del orden público la prisión y también la muerte de quien no piensa o no obra como quiere la autoridad constituida, en nombre de la religión la ignorancia, y así sucesivamente; y todo esto, a pesar de que, ni el amor al lugar nativo, ni el amor a los propios hijos y allegados, ni el deseo del orden y de la tranquilidad social, ni una concepción propia aunque errónea de índole religiosa, siempre que sean libres y no impuestos por la fuerza, tengan en sí nada que choque con la concepción humana de la moral. Pero es, como hemos notado, la imposición violenta, la codificación y la fosilización formal de tales sentimientos lo que les hace desviar, les corrompe, les dirige contra sí mismos, les adapta forzosa-mente a servir intereses extraños, y en fin anula

en ellos todo efecto miral: en una palabra los hace inmorales.

Quitamos al principio moral todo sostén o intrusión autoritaria y coactiva, todo carácter de obligatoriedad, toda forma de sanción legal y — mientras la moral verdadera y humana quedará viva y cada vez más animadora de la vida individual y social por la propia virtud que la sublimiza — todo lo que en torno a ella ha nacido y ha sido construido de parasitario y de artificioso caerá sin más como hojas secas de un árbol. Solamente la libertad integral reivindicada por los anarquistas purificará en el mundo de los hombres la moral. Por eso los anarquistas reniegan de toda la así llamada "moral", hoy prostituida a las iglesias, a los gobiernos, a los amos. Pero los anarquistas tienen su moral: ella, fruto de la evolución de los instintos de conservación y de solidaridad heredados de nuestros más lejanos antepasados, está ya en la vida y en el pensamiento, en todos los sentimientos humanos, y es un fuerte coeficiente de progreso y de elevación individual y colectiva.

Aquellos que, despreciando la moral contemporánea, corrompida por las religiones, por el privilegio y por la autoridad, se dicen hoy constantemente y en acto de desafío *amoraless*, y no quieren oír hablar más de moral, porque la creen una sola y misma cosa con la religión, el privilegio y la autoridad, caen en un burdo error. Son como aquellos otros que niegan toda organización porque la organización actual es autoritaria, sin comprender que la organización puede ser libertaria y que sin organización la vida misma sería imposible. Sería lo mismo que rehusarse a comer, sólo porque a veces las comidas son malas o insuficientes.

En un escrito suyo, "*La anarquía es inevitable*", decía Kropotkin: "Ninguna sociedad podría sostenerse sin admitir ciertos principios morales; si todos se habituasen a engañar al prójimo, si no se contase más sobre la palabra y las promesas de los unos y de los otros, si cada uno tratase a su semejante como enemigo contra el cual toda guerra es justificable, la sociedad desaparecería". Y, agregamos nosotros, no la sociedad burguesa solamente, — lo que no sería un mal, — sino toda sociedad humana.

Por tanto la moral, en el sentido que los anarquistas le reconocen, no es más que la enunciación de los principios esenciales a la vida social e individual, reconocidos como tales después de la experiencia secular y de los dictados de la ciencia y de la razón, convertidos en conciencia viva de la humanidad.

El hombre, que no es malo ni bueno de manera absoluta, como un producto de la naturaleza, del ambiente y de la evolución, por instinto de conservación se viene orientando poco a poco hacia aquel régimen de vida más conforme a sus necesidades materiales, intelectuales y espirituales; así como las raíces de un árbol se esparcen hacia aquellos puntos de la tierra que les son más propicios, y como ciertos animales emigran y transmigran hacia las regiones donde mejor pueden vivir. La aspiración del hombre a ese mejoramiento suyo cada vez mayor constituye su impulso moral; y la constatación que hacemos de esa orientación instintiva del hombre por medio de la razón, nos conduce a establecer la "moral" propiamente dicha.

Podemos con una relativa facilidad distinguir los conceptos morales verdaderamente conformes a la naturaleza humana, de los crecidos sobre los prime-

ros como hongos venenosos, por culpa de las malas instituciones sociales, siempre con la misma piedra de toque que es la libertad: es decir libertando nuestro juicio de todos los preconceptos determinados por las imposiciones de las iglesias, por los gobiernos y por los amos, y teniendo por norma solamente el bien propio y el ajeno. Todo lo que no rompa el pacto de fraternidad y de solidaridad es justo, es lícito, es moral; todo lo que lo rompe o lo viola es inhumano.

Por eso es inhumana la constitución social presente capitalista y autoritaria, que hace del hombre un lobo contra los otros hombres; por eso será moral la revolución que hará posible la libre y fraternal convivencia humana según el principio de la solidaridad; con la eliminación de todas las tiranías y de todas las explotaciones.

EL ANARQUISMO COMO TENDENCIA UNIVERSAL Y COMO PROGRAMA PRACTICO

En los momentos de depresión y de crisis, en las horas tristes de la inercia o de la impotencia, no es raro oír elevarse voces airadas de reclamo a la acción. No pocos, especialmente entre aquellos que no saben realmente qué hacer, son los que, descontentos de todo y de todos, maldiciendo en todo instante el presente, dirigen la mirada impaciente al porvenir, y para aproximarse a él invocan un mayor trabajo práctico en el movimiento social y revolucionario.

"Tenemos bastante — se dice — de abstracciones metafísicas, basta de doctrinarismo, basta de principios absolutos; pongámonos a la obra en el terreno de la realidad; queremos hechos!" Este lenguaje corresponde a un estado de ánimo perfectamente natural y contiene en sí una aspiración humana justísima. Su defecto, sin embargo, consiste en no darse cuenta de su vanidad, mientras permanece exhorto genérico. Y el no saber qué hacer se convierte en un peligro doble, en cuanto la inercia puede ser su resultado, cuando una concepción demasiado absolutista del movimiento impide cualquiera realización práctica; o bien de la impaciencia por obrar puede derivarse el olvido de los principios directivos, con la consecuencia desastrosa de entrar por un camino erróneo y que conduce al punto opuesto a aquel a que se aspira.

Los anarquistas, a causa de las grandes dificultades que todavía se oponen a una realización visible y concreta aunque pequeña de sus aspiraciones, están más propensos a caer en el primer error, a descuidar el trabajo práctico, a no tener en cuenta la situación contingente, y a abstraerse por tanto completamente en lo absoluto. De aquí el desequilibrio y la falta de preparación cuando las necesidades de la lucha se imponen, cuando los acontecimientos se producen y exigen prontas decisiones sobre el terreno práctico y de los hechos. Surge de todo esto un problema: el de las relaciones, en el seno del anarquismo, entre el ideal absoluto de emancipación integral futura de toda autoridad y de toda explotación y la necesidad inmediata de trabajar prácticamente, como partido revolucionario, en el seno del movimiento social actual, por una realización *relativa* del ideal, por la aplicación de éste al terreno de los hechos.

El anarquismo, lo hemos dicho más de una vez, tiene un doble aspecto y por tanto una doble función en el movimiento social. Es una tendencia so-

cial hacia una limitación cada vez mayor de la autoridad del hombre sobre el hombre, — autoridad política y económica, autoridad religiosa y moral, — y como tal vivirá siempre, a través de los tiempos, aun cuando la sociedad haya conseguido instaurar una organización suya, no ya basada en la propiedad individual y en el Estado; es decir, aun cuando se haya realizado un orden socialista libertario sobre la base de la asociación voluntaria, tal como es el objetivo de los anarquistas militantes desde Bakunin en adelante.

Al mismo tiempo que el anarquismo es una tendencia general, como partido militante tiene otro aspecto. Es un programa de reivindicaciones definidas y tasativas, elaboradas a través de un movimiento de medio siglo, cuya realización sería posible desde ahora y que los anarquistas se proponen como objetivo preciso de la revolución. Se proponen, como tarea de su movimiento de partido, la destrucción de las causas de la explotación y de la opresión según las ven hoy; se proponen la abolición de los gobiernos y del privilegio económico para instaurar sobre sus ruinas un orden nuevo, en donde la propiedad socializada sea administrada directamente por sus verdaderos productores (los trabajadores), por medio de asociaciones federadas entre sí, en las cuales la cooperación voluntaria sustituya los organismos estatales y autoritarios actuales.

Esa sociedad, que nosotros llamaremos una vez más socialista-anarquista (por mucho que la palabra "socialista" pueda ser poco grata a cuantos están asqueados de verla adoptada hoy en un sentido completamente... antisocialista) será siempre una aplicación *relativa* de los principios absolutos del anarquismo. Porque, y también esto se ha dicho muchas veces, el resurgimiento de una sociedad sobre bases libertarias no significará, sin embargo, que todo mal sea evitado y que no perduren o se introduzcan en la convivencia humana formas viejas y nuevas de autoritarismo contra las cuales se sentirá también entonces la necesidad de rebelarse. La tendencia anarquista continuará también en anarquía agitando las almas, impulsando los espíritus hacia una elevación cada vez mayor de la dignidad individual, hacia relaciones todavía más libres entre hombre y hombre.

Y bien, estos dos aspectos — de tendencia general según hacia qué moverse y de programa establecido que se quiere realizar — determinan una doble función también en el movimiento anarquista actual: doble función que el movimiento debe desarrollar en el terreno de los hechos, si se quiere que el anarquismo sea algo vivo y práctico, verdaderamente revolucionario, idealista y utilitario al mismo tiempo. A su vez, estos dos aspectos del anarquismo, de los cuales el segundo quiere ser la realización práctica y por tanto relativista del primero, son ambos, todavía en sentido relativo, aplicables y aplicados por los anarquistas tanto en la lucha cotidiana y revolucionaria como en medio del propio movimiento específico de partido.

La tendencia a una liberación cada vez mayor del individuo, aunque no pueda ser de modo absoluto satisfecha ni siquiera en formas más civilizadas y más libres de convivencia social, obra sin embargo desde hoy como resorte de progreso, inconscientemente, en la evolución social general; y más conscientemente, es decir voluntariamente, apriorísticamente, se manifiesta por medio del movimiento anarquista. Esta tendencia, determinada por toda una evolución anterior, a su vez se convierte por medio del movimiento anarquista en una determinante de la evo-

lución; es decir representa la colaboración de la voluntad humana en esta evolución de la sociedad hacia órdenes sociales cada vez más libres.

Los anarquistas llevan este espíritu libertario suyo, hacen obrar esta voluntad suya, a todos los movimientos en que participan, comenzando con el esfuerzo por educarse en él ellos mismos, como medio de autoperfeccionamiento. Reaccionan así contra los instintos y las tendencias autoritarias o serviles del propio temperamento, que permanecen todavía en ellos, sea por atavismo, sea por educación, sea por influencia del ambiente. Pues también entre los anarquistas hay quienes se dejan transportar por tendencias malsanas antilibertarias, sin tener la fuerza de voluntad para reaccionar contra ellas. De aquí la necesidad, y por tanto el deber de que operen esa reacción en ellos mismos, porque toda revolución moral — y el anarquismo es una verdadera y propia revolución moral, — debe comenzar por sí mismo.

Esta consciente y activa tendencia libertaria se refleja por el individuo sobre el ambiente circunstante. Todo individuo participa, guiado por tales preocupaciones, en la vida de sus semejantes, en la vida práctica de cuantos tienen con él comunes aspiraciones, intereses, sentimientos, ideales, — sean éstos de índole política o económica, material o intelectual, científica o filosófica, ligados al movimiento obrero o no, referentes a problemas morales o a otros en apariencia los más lejanos de lo que está estrictamente ligado a la cuestión social. El anarquista, de cualquier cosa que se ocupe, en cualquier campo que desarrolle su actividad, aunque fuese en campo extraño a su programa de lucha, no tolera formas de imposición y de coacción y se rebela contra ellas o ayuda a los otros a rebelarse.

"No sólo los anarquistas", se nos dirá; y es verdad; pero mientras en los otros se trata de rebeldía instintiva, casi siempre egoísta, de defensa del propio derecho, en los anarquistas la rebeldía es una rebeldía consciente, que se conecta con su ideal superior de justicia, en defensa del derecho de todos además del propio.

En el campo intelectual y filosófico, el anarquista es un ferviente apóstol de la libertad de pensamiento. Como tal participa en todo movimiento tendiente a libertar el intelecto humano de todas las supersticiones y preconceptos dogmáticos de las religiones reveladas, de la política y de la moral. En el campo científico se rebela contra los dogmas de la ciencia oficial, se opone a la fosilización de las teorías científicas y niega todo límite preestablecido, toda imposibilidad absoluta, toda certidumbre absoluta, pues para el anarquista que se dedica a la ciencia, toda verdad tiene un valor contingente, relativo, siempre susceptible de corrección, de revisión y de negación necesaria.

En este sentido los anarquistas siguen una vía común a muchísimos filósofos libres pensadores y a muchísimos hombres de ciencia, no pretenden tener ellos el mérito de haberla descubierto y de ser los únicos en seguirla. Pero los anarquistas, los que se ocupan de disciplinas filosóficas y científicas, tienen de particular, en comparación con los otros filósofos y hombres de ciencia, la persuasión apriorística, formada a través del estudio de las experiencias pasadas y bajo el impulso de la propia necesidad de libertad, — también en el campo intelectual el método de la libertad es el mejor camino para llegar a la

verdad. Y a las asociaciones o grupos filosóficos y científicos llevan esa preocupación libertaria y la aplican a sus relaciones y a todas sus manifestaciones prácticas.

La tendencia libertaria impulsa a los anarquistas, en el campo político y social, a hacer propias todas las causas de libertad, sin distinción de personas o de clases; sea que se trate de resistir una arbitrariedad gubernativa o una prepotencia patronal, sea que las víctimas se cuenten entre los individuos de las clases acomodadas o entre los proletarios, sea que los oprimidos sean una clase o una raza. Nosotros hemos visto siempre en primera fila a anarquistas combatiendo en favor de los obreros explotados por los patronos, pero también de las poblaciones y nacionalidades oprimidas por las naciones conquistadoras, de las razas perseguidas, etc., fuesen los sudafricanos o los irlandeses violentados en su independencia por Inglaterra, los cretenses gimiendo bajo el yugo turco, las poblaciones indígenas de las colonias oprimidas por Francia o por Italia y así sucesivamente.

Los anarquistas, aun siendo en su casi totalidad elementos de la clase trabajadora, no solamente se conmueven por las injusticias e infamias de que son víctimas los propios compañeros de partido o de clase, sino por todas las injusticias e infamias, aunque cometidas en daño de adversarios de ideas o pertenecientes a las clases dirigentes. Por tanto es natural que la tendencia anarquista se manifieste especialmente en medio del proletariado que combate por su emancipación. Pero como la emancipación del proletariado de la tiranía capitalista será una gran obra de liberación, la más grande tal vez de que hablará la historia futura, ¿no es natural que en ella la tendencia anarquista desarrolle su máxima función?

Responde por tanto a la tendencia hacia la integral libertad la participación de los anarquistas en el movimiento obrero, en sus organizaciones, en sus huelgas, en sus luchas pequeñas y grandes, en todas sus manifestaciones. Toda demostración, todo movimiento o conmoción del pueblo, tendiente a sacudir un yugo, a disminuir su peso, a limitar la explotación y a aumentar la libertad individual y colectiva, está en la directiva de la tendencia anarquista.

Sin embargo, todos los movimientos de este género, precisamente porque son originados por determinantes diversas, si son tendencialmente anarquistas desde un punto de vista general, no pueden serlo nunca enteramente, y en el sentido estricto de la palabra, en sus detalles, en sus medios y en todas sus actitudes. Corresponde en cambio a los anarquistas, conscientemente tales, que participan en ellos, darles voluntariamente la propia orientación, inspirando todos los actos propios y aquellos sobre los cuales puede llegar la propia influencia, incluso los menos importantes, según el criterio de libertad y de autonomía del anarquismo.

Entre las diversas formas de actividad que dividen el campo obrero, los anarquistas eligen con preferencia las que más responden a sus tendencias, y participan en ellas. Donde quiera que la permanencia activa no es hecha imposible por medidas prohibitivas o por obligaciones que contrastan con su conciencia, pueden en efecto estar presentes, aunque fuesen las sociedades obreras más anodinas y las más moderadas, para constituir allí la levadura más o menos palpable de reivindicación libertaria.

Esta actividad multiforme tiene un valor tendencialmente anarquista incluso por su eficacia educativa, pedagógica.

No hablo de la actividad especial que muchos an-

arquistas despliegan — y la obra de Francisco Ferrer ha sido su manifestación heroica, que culminó en el martirio — en el campo educativo y pedagógico propiamente dicho, en las disciplinas que más particularmente se refieren a la educación y a la instrucción de las nuevas generaciones. Los progresos de la pedagogía y de la escuela a través de los siglos han tenido siempre un carácter revolucionario y, especialmente en el último siglo, han asumido un carácter cada vez más libertario (1). En este campo el movimiento tendencial hacia la anarquía es más notable aún.

La propaganda y la acción de los anarquistas se propone también, como hemos dicho, la realización de un programa definitivo de reformas sociales. Si así no fuese, el anarquismo no podría constituir un movimiento en sí, de contornos precisos; y sería más bien una escuela filosófica (aunque guiando la acción) que un partido político-social propiamente dicho. Si los anarquistas no tuviesen un programa reconstructivo además de negativo, si no se propusieran desde este momento nuevas relaciones entre los hombres como para substituir a las presentes, podrían en la práctica pertenecer también a otros partidos, conformes con representar en cada uno la tendencia más libertaria. En efecto, en todos los partidos reformadores, aun en los más moderados, existen espíritus tendencialmente anarquistas, que por lo demás no hay que menospreciar en la valoración del progreso social. Hay también algunos anarquistas, especialmente de las corrientes más individualistas, que parecen interpretar exclusivamente en ese sentido el anarquismo.

Pero según nuestra opinión, estos últimos se equivocan. El anarquismo no tendría un carácter eficazmente revolucionario, si los anarquistas no se propusiesen realizar lo antes posible la anarquía, tal como es consentida ya relativamente por los hombres como son actualmente, sin esperar una transformación demasiado radical y por tanto demasiado lejana de estos últimos. Los hombres, si quisieran, podrían desde ahora constituir una sociedad sobre bases libertarias. Y dado que los anarquistas lo quieren, es lógico y necesario que traten por medio de la propaganda y de la acción de realizar este ideal suyo, sea transfundiéndolo en el mayor número posible su propia voluntad, sea atacando con fines destructivos los obstáculos políticos y económicos que se oponen a ello, sea preparando los elementos necesarios para su triunfo y para su realización práctica, sea preparando la revolución y preparándose a hacer que la revolución haga posible la máxima transformación de las conciencias y de las instituciones en el sentido por ellos querido.

Esta obra se confunde en gran parte con toda la actividad compleja del anarquismo que hemos expuesto más arriba, hasta ser casi siempre la misma. Sólo que proponiéndose un objetivo definido, se vuelve más orgánica y más conexiónada, y da al conjunto de los anarquistas el carácter de partido político-social definido, que compromete a sus adeptos a orientar la propia actividad en la más completa coherencia con el objetivo preciso que se proponen alcanzar. Menos intelectualista, esta obra se desarrolla en

medio de la clase obrera no sólo con el fin de desarrollar en su seno una conciencia libertaria, cuyos frutos sean más que de otra naturaleza de índole moral, pero especialmente para que la clase obrera, bajo el impulso de su interés y por su fuerza numérica, sea el artífice de la transformación social auspiciada por los anarquistas; es decir para que sea el elemento primero que haga posible la constitución y la permanencia de una sociedad socialista anarquista. Así, los anarquistas favorecen, ayudan y participan en la asociación económica de los productores, para que las organizaciones corporativas puedan estar prontas a continuar la necesaria administración de la propiedad, vuelta social, durante y después de la revolución.

Precisamente para que las asociaciones obreras, que casi ciertamente serán llamadas, — al menos en los primeros momentos de la revolución y para ciertas ramas y servicios más importantes de la producción, — a substituir el Estado y el capitalismo en la administración de los servicios públicos y en la organización de la producción y del consumo comunistas, no nos vuelvan a llevar al día siguiente de la revolución al punto de partida y no reconstruyan en beneficio de categorías especiales o de individuos politicantes otras formas de privilegio económico y de poder político, los anarquistas tratan con todas sus fuerzas de influir para que las actuales organizaciones de los trabajadores se mantengan extrañas a toda ingerencia en las cosas del Estado burgués, y viceversa, impidan que los organismos de la burguesía intervengan en las cosas que se refieren a los obreros organizados. Por la misma razón — y no sólo para satisfacer sus tendencias autoritarias, — los anarquistas tratan de que las asociaciones obreras escapen a la influencia de los partidos políticos de gobierno o que aspiran al gobierno, y de que eviten en su seno y combatan toda forma de autoritarismo personal y coactivo, siempre que sea posible, dadas las circunstancias y dada la actual mentalidad de las masas que hay que cambiar, pero que sin embargo no se cambia nunca bastante en el sentido libertario.

Como además la actividad necesaria para preparar la revolución y los elementos de la revolución y para preparar las condiciones necesarias al establecimiento de un régimen anarquista no basta — digan lo que quieran los anarquistas especializados con el nombre de sindicalistas —, que se desarrollen solamente en el terreno de las competencias económicas reservado a las asociaciones de oficio, los anarquistas son partidarios también de la organización libre para otros fines, dirigida a propósitos políticos y morales, de propaganda y de acción revolucionaria: grupos para la difusión de las ideas, grupos de defensa social, grupos más dedicados a una obra de ofensa contra ciertos órganos de la burguesía (antimilitaristas, antirreligiosos, etc.), grupos ocasionales sugeridos por las circunstancias, grupos de preparación material revolucionaria, grupos de acción directa, y así por el estilo.

Subsiste junto a la necesidad de todo eso, también la otra necesidad de una organización anarquista específica, permanente, en vasta escala, en extensiones de territorio cada vez más vastas, del grupo local a la internacional anarquista, aun en las formas exteriores, para la propaganda y la lucha, con un programa anarquista bien preciso y definido. Naturalmente una organización semejante — del género de la Unión anarquista italiana, de la Unión anarquista comunista francesa, de la Federación anarquista co-

(1) He tratado de demostrar esto en un estudio mío sobre "La escuela y la revolución", publicado en la revista "L'Università popolare", en 1912, y más tarde recogido en folleto.

munista alemana, etc., — no podrían recoger más que un número relativamente limitado de anarquistas, es decir solamente aquellos que estuviesen bien de acuerdo en torno a un núcleo de ideas centrales y a un programa determinado de actividad permanente e inmediata.

Pero la existencia de una organización semejante, aun siendo necesaria en relación a sus objetivos específicos, no podría ni debería, sin cesar de ser anarquista, ser exclusiva ni pretender el monopolio del anarquismo. Su existencia no podría ni debería excluir la existencia de otras agrupaciones anarquistas, ni la actividad eventual de los mismos desorganizados; no sólo eso, sino que esa organización especial, para ser realmente eficaz y no neutralizar los efectos benéficos del propio trabajo, debería mantenerse en relaciones de buena vecindad, de mutua cordialidad y de cooperación, y permitir y facilitar la cooperación de sus adherentes, — con todas las otras agrupaciones o individualidades aisladas, caso por caso, para todas aquellas iniciativas sobre las cuales sea posible el acuerdo y una actividad común.

Pero en la base de todas estas formas de organización — como punto de partida, — queda la conciencia individual de los anarquistas convencidos y voluntariosos, de donde surgen las primeras agrupaciones locales. De estas primeras células del más vasto movimiento anarquista se derivan las más diversas iniciativas y se inicia la participación de los anarquistas en la vida social y en todo el movimiento del anarquismo.

EDUARDO MILANO

EL PRIMER PASO HACIA LA ANARQUIA

I LA HUMANIDAD A TRAVÉS DE LOS SIGLOS.

Hubo una época remotísima en que los hombres, no rebelados todavía contra las leyes de la naturaleza, vivían en perfecta anarquía.

En el comunismo de las riquezas naturales, en la máxima independencia entre ellos, los hombres primitivos debieron disfrutar de tal felicidad que el recuerdo de aquellos tiempos ha llegado hasta nosotros a través de millares de generaciones.

La leyenda popular cuenta cómo en aquella época los ríos eran de miel, los poetas la llamaron la edad de oro, y los fundadores de religiones, para hallar una excusa a los infinitos males que luego agobiaron al género humano, dijeron que el hombre había sido expulsado de aquel Edén por castigo de dioses despiadados, inexorables.

¿Cuál es la verdadera causa de los grandes males que atormentaron después, y atormentan todavía a la humanidad?

Rousseau escribió: "Maldito el primer hombre que rodeó de vallas la tierra y dijo: esto es mío: aquí creó la propiedad y destruyó la fraternidad".

to general de progreso hacia una libertad cada vez mayor y un más amplio bienestar para todos. Son estos grupos los que realizan la función de tener relacionados a los anarquistas en torno al objetivo común, cualquiera que sea el ambiente elegido por los individuos como campo de la propia actividad.

Tales grupos son todavía más indispensables en tantos pequeños centros (en Italia son innumerables) en donde no se ha desarrollado la industria y no existen organizaciones proletarias verdaderas y propias. Allí el grupo de propaganda es el único medio para mantener vivo el fuego sagrado de la idea y para preparar también en aquellos lugares los elementos posibles para la participación en los movimientos revolucionarios que se inicien en localidades más afortunadas y más apropiadas.

El movimiento anarquista propiamente dicho, así como hemos tratado de delinear en sus diversos aspectos, tiene por tanto sus fines concretos, dirigidos a un porvenir próximo, según un programa establecido de destrucción y también de reconstrucción: es el viejo programa socialista-anarquista-revolucionario que nos ha sido transmitido por la gran Asociación Internacional de los Trabajadores, elaborado en su seno y transformado sólo poco y mejor precisado en lo sucesivo. La realización de ese programa será, repetimos, la puesta en práctica relativa de las tendencias generales de nuestro espíritu hacia la libertad integral absoluta, que es el principio fundamental del anarquismo.

De la propiedad individual nació la diferencia de intereses que dividió a los hombres y les arrojó en lucha perenne entre ellos; lucha que creó el poder, la clase de los gobernantes y de los gobernados, de los opresores y de los oprimidos, de los ricos y de los desheredados, de los explotadores y de los explotados. Lucha que, comenzada entre hombre y hombre, se extendió a la familia, a la tribu, a la comuna, al Estado.

Desde entonces en adelante la historia de la humanidad fué una odisea nunca interrumpida de sufrimientos atroces.

Las pirámides de Egipto, que desafían desde hace millares de años la obra destructora del tiempo, las grandiosas ruinas de la India, de la antigua Grecia, de Roma, nos recuerdan el lento martirio de millares y millares de esclavos, puestos fuera de la ley, vendidos y comprados como bestias de carga, dados como pasto a las fieras en los espectáculos públicos.

Pasa la civilización egipcia, pasa la india, pasa la griega, pasa la romana y, finalmente, la esclavitud es abolida.

¿Será la edad media la era de la verdadera igualdad, de la justicia social entre los hombres? ¿Cesará

el hombre de oprimir al hombre? ¿Se darán los pueblos el peso de la fraternidad?

Surgen nuevos sacerdotes que, en el nombre de un dios de paz y de amor, consagran nuevas tiranías; y el esclavo no hace más que cambiar de nombre. Es llamado siervo de la gleba. Es ligado a la tierra del señor feudal, del clero. Con la tierra, los animales y los utensilios de trabajo forma una sola propiedad, que pasa de padre a hijo, de patrón a patrón. Trabaja el terreno a que está adscrito, y en compensación recibe una parte mínima de la cosecha, lo suficiente para no dejarlo morir de hambre.

Pasa la edad media. Los oprimidos, los siervos de la gleba amenazan romper las cadenas y los despotas se ven obligados a declarar al siervo de la gleba libre de toda servidumbre forzosa, dueño del pedazo de tierra regado con tantas lágrimas por él y por sus antepasados.

¿Y será finalmente libre, feliz?

¡Vana ilusión esta vez también!...

Clero y gobierno son siempre dueños de las tres cuartas partes de la tierra, conservan una infinidad de privilegios mantenidos por infames leyes, en virtud de cuyos privilegios roban a mansalva a los míseros súbditos, los tiranizan.

Poco a poco el pedazo de tierra del siervo emancipado es absorbido por la gran propiedad a causa de los impuestos enormes y de las malas cosechas.

Desnudo, hambriento, el colono se encuentra estreñado a vender los brazos al mejor postor por una merced irrisoria. Comienza el ascenso del nuevo calvario, y en lo sucesivo toma el nombre de salariado.

Pero entre los millones de colonos emancipados de la servidumbre de la tierra, hubo un cierto número a quien sonrió la fortuna: se convierten en acomodados.

Es la nueva clase de privilegiados, la clase burguesa que sube atrevidamente las gradas de la riqueza.

En Francia particularmente las plebes desilusionadas, hambrientas, andrajosas, giran por las campiñas llenando el aire con el alarido del hambre, de la desesperación.

Sus gritos, su estado mísero, no valen para enternecer el corazón petrificado de los nobles y del clero, nadando en oro y despreciativos porque se sienten confiados en los ejércitos que tienen para su defensa.

“¿Ves allí a los privilegiados, a los explotadores, a los tiranos, a los asesinos del pueblo? — dice el burgués al obrero. Pues bien, ayúdame a echarlos abajo del gobierno, haz que yo suba a su puesto, y disfrutarás de todo bien”.

El obrero acepta, y la revolución estalla en el nombre de los derechos del hombre, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad (1789).

Con el triunfo de la revolución francesa que se extendió a toda Europa, los latifundios inmensos, los inmuebles del clero y de la nobleza, pasan a la actividad burguesa.

La burguesía en lo sucesivo es la que gobierna, la que hace las leyes, y con ella resurge el capital que desde hace millares de años gobierna bajo nombre diverso y bajo diverso aspecto.

El capital con la burguesía, viendo en la agricultura, en la industria, en el comercio un campo enorme de especulación, de explotación, movido por la sed creciente del oro, se dispuso a aquella actividad en breve tiempo le debía crear tan triste fama.

Surgen como por encanto colosales establecimientos a los que acude el artesano arruinado por la naciente gran industria, y el colono.

Por todas partes hierve la lucha (concurrente) entre capital y capital, lucha hecha enteramente a expensas del trabajador, lucha que consiste en producir mucho, mucho y barato para aplastar al adversario. Lucha que, favorecida por el empleo siempre creciente de las máquinas, engendra la superabundancia de producción, la crisis, el número enorme de desocupados, la rebaja de los salarios, la miseria inexorable, terrible, junto a la opulencia del capital, arbitrio soberano.

¿Qué importa en lo sucesivo al señor burgués, al capitalista, que un obrero, sea varón o mujer, viejo o joven, malogre la salud en un trabajo superior a sus propias fuerzas, inapropiado, malsano; en un trabajo que lo condena antes de tiempo al hospital? ¿Qué importa al amo burgués que el salario con que retribuye la mano de obra del trabajador sea insuficiente para satisfacer las necesidades suyas y de su familia?

¿Que sucumbe un obrero?

Sabe que otros diez, cien, mil, diez mil acudirán de lejanos países, flacos, tiritando, hambrientos, a disputarse a dentelladas el pedazo de pan, el escaso salario.

¡Pobre asalariado, pobre trabajador! La burguesía ha encontrado la manera de domesticarlo por el hambre, como se domesticaban las bestias feroces; ¡y decir que habéis mezclado vuestra sangre, que juntos habéis hecho la revolución (1789) en nombre de los derechos del hombre, de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad!

SOCIALISMO ANTIGUO, SOCIALISMO MODERNO, SU BASE Y SU OBJETIVO

Hace más de 3.000 años Platón, y después de él muchos otros filósofos, como Pitágoras, Campanella... idearon sociedades en las que los hombres, viviendo en la comunidad de bienes y del trabajo, habrían resuelto el problema de la justicia social.

Sus teorías se apartaron del tiempo en que fueron expuestas, por la simple razón que el progreso social y moral no había llegado al punto de consentir que fuesen discutidas y menos realizadas.

Con la revolución francesa (1789) el progreso social preparó el terreno al socialismo moderno, que pronto se difundió en las masas y se dirigió constantemente a la próxima e inmediata realización del gran ideal.

Babeuf es el fundador del socialismo moderno.

Descubriendo que la razón principal de los desastres que afligían desde hacía tantos siglos a la humanidad, estaba en el derecho inviolable de propiedad individual, nuevamente sancionado por la clase burguesa, que subió al poder con la revolución (1789), Babeuf predicó abiertamente a la revolución contemporánea la propiedad común y la igualdad social que le sucedería, o igualdad de bienes, de fortuna si se quiere decir así.

Falta por decir que el republicano gobierno burgués se apresuró a hacer guillotinar a Babeuf y a sus apóstoles; pero la semilla del socialismo por él arrojada y regada con sangre, no tardó en germinar en el espíritu del pueblo.

La propiedad común de la tierra y de los instrumentos de trabajo: He ahí la base fundamental del socialismo antiguo; he ahí la base del socialismo moderno.

No se es socialista si no se admite como punto de

partida la propiedad común de la tierra, comprendidas las casas y los instrumentos de trabajo.

Objetivo del socialismo es garantizar a todos los hombres indistintamente la máxima libertad, la máxima satisfacción de sus necesidades, el máximo bienestar.

COLECTIVISMO LEGALITARIO

Después de Babeuf fueron varias las escuelas socialistas que siguieron, capitaneadas casi todas por ingenios poderosos, como por ejemplo Saint Simon, Fourier, Collins, Owen, Proudhon, Carlos Marx, Bakunin, Lassalle y otros.

De esas diversas escuelas se afirmaron dos universalmente y ahora más que nunca se disputan el terreno.

Esas dos escuelas se han delineado tan bien, que ahora basta decir: *Socialista* para significar socialista colectivista legalitario; y basta decir: *Anarquista* para significar socialista comunista anárquico.

El colectivismo legalitario es el foco en torno al cual giran más o menos las diversas escuelas desde 1835 con Collins a 1864.

Los socialistas colectivistas legalitarios quieren:

- 1.º La propiedad común de la tierra y de los instrumentos de trabajo;
- 2.º El reparto del producto del trabajo colectivo, a cada individuo según el trabajo hecho;
- 3.º El gobierno depositario de la propiedad común y administrador de la misma.

Escribía Saint-Simon: “Hasta hoy, el hombre ha explotado a su semejante: patrones y esclavos, patrios y plebeyos, señores y siervos, propietarios y campesinos, trabajadores y esclavos; he ahí la historia progresiva de la humanidad hasta nuestros días: asociación universal, he ahí nuestro porvenir. A cada uno según su capacidad y su trabajo, he ahí el derecho nuevo que reemplazará al del nacimiento y de la conquista. La propiedad, la herencia, constituyen privilegios que deben desaparecer. Los capitales de toda naturaleza y los instrumentos de trabajo deben pasar a manos del trabajador”.

Veamos, sin embargo, en sus líneas generales, cuáles son las reformas que los socialistas colectivistas legalitarios entienden introducir en la sociedad; cuál el sistema de organización social que, según los mismos, debería sustituir al presente.

Derribados los presentes gobiernos, dicen los socialistas colectivistas legalitarios, se pasaría a la formación inmediata del gobierno socialista; por eso el pueblo, la gran masa de los trabajadores, pensaría en el nombramiento de sus representantes — diputados — que habrán de formar el nuevo gobierno, las nuevas leyes.

El primer deber que tendrá el gobierno socialista, sería el de decretar inmediatamente la abolición del *derecho de propiedad individual* y proclamar la *propiedad común*.

Con la proclamación de la propiedad común, nadie más podría poseer, a excepción de los objetos de necesidad personal, como los muebles de la casa, los vestidos, etc., etc.

El gobierno se convertiría en el único depositario de las riquezas todas, es decir, de la tierra, de las fábricas, de las máquinas, de los ferrocarriles, de las viviendas.

El gobierno socialista, siendo custodio, y, digamos también, dueño de la propiedad común, pensaría en hacer funcionar las fábricas, en hacer cultivar los campos... organizando escuadras de trabajadores

mecánicos, agricultores, etc., precisamente como lo hace el gobierno actual en las fábricas militares, en los arsenales marítimos, en las fábricas de valores, en los ferrocarriles.

Obtenida la igualdad social por medio de la proclamación de la propiedad común, el gobierno socialista, además de procurar trabajo a los obreros desocupados, debe procurarlo a todos los burgueses y además a los proletarios que hoy ejercen una profesión inútil, como son los millones de soldados, carabineros, criados, etc.; por tanto tendrá que reducir con mucho la jornada de trabajo para no producir más de lo que se necesita.

Supongamos que la jornada de trabajo fuese reducida a cinco horas.

Todo obrero, hecha su jornada de trabajo, recibiría de la dirección del núcleo en que se haya inscrito, un bono de trabajo que equivaldría en mercaderías al artículo hecho en las cinco horas diarias.

Con ese bono de trabajo o bono de cambio, según se quiera llamar, él, el obrero, podrá ir a los depósitos del gobierno, que serán más o menos numerosos, más o menos grandes, según la población de las diversas comunas, y allí compraría cuanto le hace falta.

Pagaría una hora de trabajo, por ejemplo, por un par de pantalones, cuatro horas de trabajo por una almilla; podría adquirir por un cuarto de hora pan, por diez minutos tabaco, por dos minutos fósforos... pagaría dos horas al mes por una habitación, diez horas por cinco habitaciones.

El dinero, como se ve, sería abolido, y en su lugar habría bonos de trabajo divisibles hasta el minuto.

¿Y el que no quisiera trabajar en el colectivismo legalitario?

El que, pudiendo, no quisiera trabajar, no recibiría bonos de trabajo y sufrirá las consecuencias.

¿El que quisiera trabajar sólo tres horas al día?

Sería muy dueño de hacerlo, pero recibiría por día un bono de sólo tres horas y debería contentarse con consumir por el equivalente de las tres horas del trabajo hecho.

¿Si uno cayese enfermo?

Como hoy en las Sociedades de socorros mutuos, en el colectivismo legalitario, si uno cayese enfermo, previa declaración médica, recibiría igualmente el bono representante de la jornada entera de trabajo, y también más si la enfermedad lo exigiese.

¿Y el que es inepto para el trabajo?

Al que es inepto para el trabajo, por desgracia como por nacimiento, el gobierno socialista le pasaría una pensión lo mismo que hoy el gobierno burgués pasa una pensión a los que son incapaces para el trabajo a consecuencia de heridas recibidas durante el servicio militar, etc.

¿Los viejos?

Como hoy el gobierno pasa una pensión a los que por un dado número de años ha prestado servicio en el ejército, en la guardia civil, en las guardias carcelarias, en los empleos gubernativos, el gobierno socialista estaría en el deber de pasar una pensión a todo ciudadano que haya llegado a cierta edad. A los cincuenta años, por ejemplo.

¿Quién hará de sepulturero?

Estas profesiones serán compensadas por el gobierno socialista, de tal modo que baste para que alguno halle la conveniencia de hacerlas.

Cuando eso no bastase, se haría por turno o a suerte, como se practica entre iguales.

Sin decir que el gobierno socialista debería sus-

traer una parte del trabajo colectivo para emplearla en las obras públicas, etc.

Tales son las principales reformas queridas por los socialistas colectivistas legalitarios.

¿Es realizable el colectivismo legalitario?

Es bien realizable, y es por eso precisamente que nosotros estamos en el deber de combatirlo como un grandísimo peligro que no garantiza aquella igualdad social, aquella libertad, aque bienestar y aquella paz a que tiende el humano progreso; siendo el único medio que se presta fácilmente a la burguesía para engañar y mistificar al pueblo, como ha hecho en la revolución de 1789.

Tanto es verdad el aserto, que el colectivismo legalitario, al principio combatido desleal y encarnizadamente por la burguesía, hoy, a causa del avance amenazador del comunismo anárquico, lo vemos abrazado desesperadamente por burgueses de todo color.

Clericales, ortodoxos, librepensadores, monárquicos, republicanos, demócratas, todos hacen más o menos abiertamente profesión de socialistas, todos son ya colectivistas legalitarios.

COLECTIVISMO

Los socialistas legalitarios toman el nombre de colectivistas porque quieren que el producto del trabajo hecho por todos no sea declarado propiedad común lo mismo que la tierra y los instrumentos del trabajo, sea distribuido a cada trabajador según el trabajo que haya hecho y que quede propiedad individual exclusiva.

Por eso adoptan las fórmulas: "El producto al productor, a cada uno según el trabajo realizado; cada uno según la propia capacidad", etc., que tienen todas el mismo significado.

Supongamos por tanto que estamos en pleno colectivismo.

El gobierno socialista ¿puede tener en cuenta la capacidad de cada individuo, puede establecer la justa medida de la retribución? ¡Imposible!

Buscará el remedio en el establecimiento de categorías arbitrarias de obreros, es decir, echará las bases de la injusticia y del descontento.

Los obreros asociados en cooperativas de trabajo, pueden decir algo al respecto.

Aun admitiendo que tal valoración se pueda hacer equitativamente, ocurrirá que Tizio, que es inteligente, ganará, supongamos, diez, mientras Cayo, que tiene la edgracia de ser tardío ganará solamente cinco. Tampoco esto es justo.

¿Es que en el colectivismo la fuerza bruta de Cayo no es tan útil como la de Tizio? ¿En cuántas familias es practicado hoy semejante sistema? ¿y podrá subsistir en la gran familia humana del porvenir?

Hay socialistas colectivistas que, en consideración a las razones por nosotros aducidas, no admiten distinción de retribución entre trabajos y trabajadores.

Tizio, el ingeniero que prepara el dibujo de la máquina, trabajando cinco horas, recibe del gobierno socialista un bono que representa el mismo valor que el de las cinco horas hechas por Cayo, el cual ha hecho escasamente el más simple engranaje de la misma máquina. En este caso la retribución es hecha en razón de las horas de trabajo, y no se tiene en cuenta la diferente capacidad de cada individuo.

Ahora bien, suponiendo que la jornada de trabajo sea de cinco horas, ¿si Cayo no puede cumplir la jornada entera, a causa de su físico débil, y si, por las mismas razones u otras, las cinco horas diarias de

trabajo no bastasen para satisfacer sus necesidades, mientras podría darse que Tizio tuviera de más?

En este caso Tizio tendrá un incentivo para malgastar o para acumular, y por otro lado un Sempronio cualquiera hará usura con Cayo, necesitado, capitalizará, y a las barbas de la ley que en el socialismo declaraba abolido el derecho de sucesión, los hijos de Sempronio heredarán el capital por él acumulado (V. Kropotkin, *El Salariado*).

¿No os imagináis ver fabricar en colectivismo hasta falsos bonos de trabajo?

En el colectivismo, objeta alguno, los bonos de trabajo serían cambiados cada año, etc. Está bien. Pero ¿no se podría igualmente capitalizar objetos de valor?

Desde cualquier punto que se considere, el colectivismo no resulta basado en la perfecta solidaridad, y no hace falta decir que no estando basado en la perfecta solidaridad, además de dejar subsistir con el dinero — bono de trabajo — el germen del egoísmo y de la rivalidad, fuentes de todo mal, tendrá siempre necesidad de un gobierno, para sofocar toda libre iniciativa, para funcionar discretamente, y necesitará un mecanismo burocrático administrativo enorme, costosísimo. Tendremos además capital y gobierno unidos íntimamente; lo que nos llevaría al colmo de la centralización y del despotismo.

EDITORIAL "LA PROTESTA"

NUEVAS EDICIONES

Eliseo Reclus: **LA ANARQUIA Y LA IGLESIA** 0.10

Angelmo Lorenzo: **EL DERECHO A LA EVOLUCION** 0.10

Juan Crusao: **CARTA GAUCHA**, séptima edición 0.10

P. Kropotkin: **A LOS JOVENES**
L. Fabbri: **¿QUE ES LA ANARQUIA?** 0.10

D. A. de Santillán: **LA JORNADA DE SEIS HORAS**, tercera edición 0.10

Ana María Mozzoni: **A LAS HIJAS DEL PUEBLO** 0.10

Eliseo Reclus: **A MI HERMANO EL CAMPESINO** 0.10

De estos folletos hay ediciones económicas a \$ 2, 2.50 y 3 el cien para la distribución gratuita por grupos, sindicatos y compañeros.



La peor de todas las enfermedades mentales que embrutece al hombre, es la peste religiosa.

Como todo tiene su historia, esta epidemia no deja de tener la suya: solamente tiene de particular que es muy pernicioso, aparte de lo que tiene de bufa. El viejo Zeus y Júpiter Tonante eran unos dioses muy decentes, y podemos añadir, esclarecidos si se les compara con la ridícula Trinidad del árbol genealógico del *buen Dios*, y cuyos personajes no son menos crueles, brutales y ridículos que los primeros.

Por otra parte no queremos perder el tiempo con los dioses caducados, puesto que en la actualidad no causan perjuicio alguno, sino que, sólo criticaremos a esos charlatanes fabricantes de la tempestad y del buen tiempo, en plena actividad actualmente, y a estos terroristas del infierno.

Los cristianos tienen una Trinidad, es decir, tres dioses; sus antecesores los judíos se contentaron con uno solo; esto aparte, los dos pueblos constituyen una civilización muy divertida. El antiguo y el nuevo testamento son para ellos la fuente de toda sabiduría, y es por esto que es preciso leer de buen o mal grado estas *santas escrituras* si se quiere, por consiguiente, poderlas poner en ridículo.

Examinemos simplemente la historia de estas divinidades y veremos desde luego que suministra materiales suficientes para caracterizar el conjunto. He aquí, pues, expuesta sucinta y brevemente.

Al principio, Dios creó el cielo y la tierra. El se encontró desde luego en medio de la nada, lo cual debía ser bastante triste para que el mismísimo Dios se aburriese de tal situación. Pero como que es una bagatela para un Dios esto de hacer los mundos de la nada, creó el cielo y la tierra como un charlatán sacude los huevos y las monedas en el interior de su manga. Más tarde se dedica a fabricar el sol, la luna y las estrellas. Ciertos herejes, a los cuales se conoce por astrónomos, han demostrado hace ya muchísimo tiempo, que la tierra no es ni ha sido jamás el centro del universo; que no ha podido existir antes que el sol, alrededor del cual continuamente da vueltas. Estas gentes han demostrado que es una barbaridad esto de hablar de la creación del sol, de la luna y de las estrellas después de la creación de la tierra, como si ella, comparada con el sol, la luna y las estrellas, fuese alguna cosa especial y extraordinaria. Hace mucho tiempo que los niños que concurren a las escuelas saben que el sol es un astro, que la tierra es uno de sus satélites y la luna, para así decirlo, no es más que un subsatélite; saben igualmente que la tierra, en comparación del universo, está muy lejos de desempeñar un papel superior, antes por el contrario, no es más que un grano de polvo en el espacio. ¿Pero es tal vez que este Dios se dedica a la astronomía? El hace esto

y todavía más y se burla de la ciencia y de la lógica. Es por esta razón que después que fabricó la tierra hizo la luz y en seguida el sol.

Un hotentote sabe perfectamente que sin el sol la luz no puede existir; pero Dios... por lo visto, no llega a concebir lo que sabe un hotentote.

Vayamos más al fondo de la cuestión.

La creación andaba perfectamente; pero no había todavía vida en ella y como que el creador de seaba divertirse, hizo al hombre. Solamente haciéndole, prescinde de uno de los aspectos particulares de su manera de proceder. En lugar de hacer esta creación por un simple mandato, se encuentra de sobras perplejo, y tomando un prosaico puñado de barro, modeló al hombre a su imagen y semejanza; luego sopló... y le dió un alma. Como que Dios es todopoderoso, bueno, justo, en una palabra, la complacencia y amabilidad en su esencia, vió en seguida que Adán (con este nombre bautizó a su escultura de barro) si estaba solo se aburriría su insostenible existencia; para evitarlo le fabricó entonces una joven, una encantadora Eva.

Seguramente que la experiencia le había demostrado que lo de fabricar muñecos de barro era ya un trabajo muy impropio para un Dios; así, pues, prescindió del barro y empleó otro método. Tal vez se dedicó a otros experimentos, pero debemos hacer constar que la Biblia no nos dice nada sobre este particular. La cuestión principal es que arrancó una costilla a Adán y la convirtió inmediatamente decimos, porque la velocidad en hacer las cosas no debe ser un arte de brujería para un Dios. Además tampoco nos cuenta la Biblia si le causó dolor a Adán el que le arrancaran una costilla, ni si ésta fué reemplazada posteriormente con otra o si debió contentarse con las que le quedaron después de la divina operación quirúrgica.

Las ciencias modernas han demostrado que tanto los animales como las plantas, formadas de un conjunto de simples células, han ido adquiriendo paulatinamente, durante el transcurso de millones de siglos, las formas que actualmente tienen.

Ellas han establecido, además, que el hombre no es más que el producto más perfecto de este larguísimo y continuo desenvolvimiento, y que no solamente hace el hombre algunos millares de años no hablaba todavía y se acercaba mucho al tipo animal, en la verdadera acepción de la palabra, sino que debe descender de los animales más inferiores de la escala zoológica, puesto que toda otra suposición es inadmisibles. Partiendo de esta premisa, la historia natural nos hace considerar a Dios, cuando fabrica al hombre, como un charlatán ridículo; pero, ¿para qué insistir en esto? Seguramente que esto que decimos no es del agrado de los corifeos de este Dios.

Que sus historias tengan o no un sello científico,

no importa, es indispensable creer; sin esto Dios os enviará a buscar por el diablo (su competidor), lo cual supongo que no debe ser muy agradable, pues en el infierno reinan, no solamente las lágrimas y los continuos rechimientos de dientes, sino, lo que es peor todavía, que quema un fuego eterno, un gusano insaciable os roe y la pez ardiente os envuelve en aquel antro.

Después un hombre sin cuerpo, es decir, un alma, será asada su carne será tostada sus dientes rechinarán todavía más, llorará sin ojos y respirará sin pulmones, los gusanos roerán sus huesos enterrados eternamente en la fosa y aspirará su nariz el olor sulfuroso... todo esto eternamente. ¡Maldita historia!

Fuera de esto, Dios, como lo dijo él mismo en su crónica Biblia, especie de autobiografía, es excesivamente caprichoso, y ávido de venganza; en fin, un déspota de primer orden.

Apenas Adán y Eva fueron creados que fué ya preciso gobernar la raza humana, por esta causa Dios emitió un código con esta prohibición categórica:

"Vosotros no comeréis del fruto del árbol de la ciencia".

Desde entonces no ha existido ningún tirano coronado o sin corona, que no haya lanzado, a su vez, esta prohibición a la faz de los pueblos.

Pero Adán y Eva desobedecieron esta orden y Dios los expulsó del paraíso, condenando a ellos y a sus descendientes para siempre a los más rudos trabajos. Además los derechos de Eva le fueron suprimidos y ella fué declarada sirvienta de Adán, a quien debía prestar obediencia.

Seguramente que Lehman (1) mismo no ha estado en su despotismo muy lejos de esto. Además, ¿no es Dios su superior?

La severidad de Dios hacia los hombres no sirvió de nada: al contrario, cuanto más aumentaban en número más le desobedecían. Se puede formar una idea de la fuerza de su propaganda cuando se lee la historia de Cain y Abel, hasta que Cain mató a su hermano. Cain se fué a un país extranjero y tomó mujer. El buen Dios no nos dice ni de dónde venía ni a dónde estaba este país, ni las mujeres que contenía, lo cual no debe asombrarnos si tenemos en cuenta que puede haberlo olvidado cuando estaba sobrecargado de trabajos de toda especie o se dedicaba a arrancar costillas para hacer mujeres.

En fin, cuando la medida estuvo llena, Dios resolvió el exterminio de todo el género humano por medio del agua.

Solamente escogió una familia para hacer un último ensayo, y debemos hacer constar que anduvo con poco tino en la elección, a pesar de toda su sabiduría, puesto que Noé, el jefe de los supervivientes, se mostró prontamente como un gran calavera, divirtiéndose con sus hijos ¡Qué podía salir de tal padre de familia!

El género humano se esparció de nuevo y produjo muchos "pobres pecadores". El buen Dios habría hecho bien reventando su divina cólera viendo que todos sus castigos ejemplares, como la destrucción de ciudades enteras, Sodoma y Gomorra, por el azufre y el fuego, no servían de escarmiento.

(1) Este es el "alias" que al emperador Guillermo le daba una gran parte del pueblo alemán para recordarle su fuga en 1818, disfrazado de cochero.

Entonces él ya había resuelto exterminar a toda esta canalla cuando un acontecimiento de los más extraordinarios le hizo varias de intento; sin esto la humanidad ya habría desaparecido.

Un día apareció cierto "Espíritu Santo" a una joven desposada. El escritor de la Biblia, es decir, Dios, dice que el Espíritu Santo es él mismo. Por consiguiente, en este momento se nos presenta Dios bajo dos formas diversas. Este Espíritu Santo tomó la forma de un pichón y se presentó a una mujer conocida con el nombre de María. En un momento de dulce transporte de gozo, el pichón "cubrió con su sombra" a una mujer y he aquí que ella puso en el mundo a un hijo, sin que todo esto fuese en menoscabo de su virginidad. Hay que advertir que esta mujer era ya casada.

Dios, desde entonces, se llamó Dios Padre, cuidándose muy bien de hacernos saber que él no tuvo más que un hijo no solamente bajo la forma de Espíritu Santo, si que también por la parte del hijo. ¡Sublime consideración! El padre es su propio hijo, del mismo modo que el hijo es a la vez su padre, y los dos a la vez son el Espíritu Santo. Con este soberbio galimatías se forma la Santísima Trinidad.

¡Y mientras tanto, pobre cerebro humano, tente quieto, puesto que por el acto de pensar te podrías ganar inmensas penas! Nosotros sabemos por la Biblia que Dios padre había resuelto exterminar a todo el género humano, lo cual causó inmensa pena al Dios hijo. Entonces el hijo (que, como ya sabemos, es uno mismo con su padre) tomó todas las culpas sobre sí (el hijo, como ya sabemos, con el padre son una misma cosa), y para aplacar la cólera de su padre se hizo crucificar por aquellos mismos a los cuales quería salvar del exterminio proyectado por las iras paternales.

Este sacrificio del hijo (que es a la vez padre) fué tanto del agrado del padre que publicó una amnistía general, la cual está todavía en vigor en los tiempos que corremos. * * *

Trataremos también del dogma de las recompensas y del castigo del hombre en el "otro mundo".

Hace ya muchísimo tiempo que está probado científicamente que no hay otra vida que la del cuerpo, y que el alma — lo que los charlatanes religiosos denominan alma —, no es otra cosa que el órgano del pensamiento, el cerebro, el cual recibe las impresiones por los órganos de los sentidos y que, por lo tanto, el movimiento del cerebro debe cesar necesariamente con la muerte corporal. Pero los enemigos jurados del progreso y de la libertad humana prescinden de los resultados de los experimentos científicos, los que penetran asaz lentamente en el pueblo.

Es de este modo que predicán la vida eterna del alma ¡Infeliz de ella en el otro mundo si el cuerpo que la aprisionaba no ha seguido puntualmente en esta vida las leyes de Dios! Además, estos buenos sacerdotes nos lo aseguran, Dios, tan bondadoso, tan justo, tan magnánimo, se ocupa de los más mínimos pecadillos de cada uno y los registra en sus libros de actos. (¡Aquí lo que admiro es el trabajo de comprobación y de contabilidad!) Al lado de esto ved el lado cómico de sus exigencias:

Mientras exige que los recién nacidos sean remojados con agua fría (bautizados) en honor suyo, con evidente peligro de que un resfriado los lleve a la tumba; mientras aprueba con gran placer el que numerosas ovejas creyentes le canten sus leta-

nias y que los más fanáticos de su partido le canten sin interrupción piadosísimos himnos solicitándole toda suerte de cosas, desde la más sencilla a la más imposible; mientras que se mezcla con los guerreros sanguinarios haciéndose incensar y adorar como "Dios de las batallas" se pone furioso cuando un católico come carne un viernes de cuaresma o no va regularmente a confesarse, y se irrita igualmente cuando un protestante es irreverente con los huesos de los santos, o con las imágenes y otras reliquias de la virgen casada que concibió a su hijo; o por si algún fiel deja de hacer su peregrinación anual con el espinazo doblado, las manos juntas y los ojos entornados hacia el cielo. Si un hombre muere "en pecado" el buen Dios le inflige una pena horrenda, al lado de la cual los azotes y golpes de *knout* (1), todos los tormentos de las prisiones y destierros, todas las penas sentidas por los condenados a presidio y todos los suplicios inventados por los tiranos aparecen como un agradable entretenimiento. Este buen Dios sobrepuja en crueldad bestial a todo lo que pueda concebirse de más malvado sobre la tierra. Su cárcel se denomina infierno, su verdugo es el "demonio" y sus castigos duran eternamente.

Pero por ligeras faltas, y a condición de que el delincuente muera católicamente le acuerda el perdón de sus pecados mediante una condena más o menos larga en el "purgatorio" que se distingue del infierno como en Prusia se diferencia la cárcel del presidio.

El que está en cuarentena en dicho "purgatorio", no es transportado sino después de una residencia relativamente corta, disfrutando de una disciplina no muy despótica. Los supuestos "pecados mortales" no son castigados en el purgatorio; lo son en el infierno. Entre éstos últimos es preciso contar a los blasfemos de palabra, en pensamiento y en escrito. Dios no tolera, no solamente la libertad de la prensa y de la palabra sino que impide y prescribe los pensamientos e ideas en ciernes que pudieran disgustarle.

Vencidos los déspotas de todos los países y de todos los tiempos, sobrepujados dichos tiranos por escogimiento y duración del castigo, este Dios, pues, es el monstruo más horroroso que uno pueda llegar a figurarse. Su conducta es aún más infame si se tiene en cuenta que el mundo entero, toda la humanidad tiene reguladas sus acciones por su divina providencia.

Por consecuencia, él castiga las acciones de los hombres, de los cuales es el único inspirador. Los tiranos de la tierra de todos los tiempos, tanto pasados como presentes, son buenos y amables comparados con este monstruo. Pero si place a ese Dios que alguno viva en su gracia, entonces le castiga antes y después de su muerte, puesto que el paraíso prometido es todavía más infernal que el infierno. No se tiene allí ninguna necesidad, antes al contrario, todos los deseos son satisfechos antes de que la necesidad sea sentida.

Más, como no puede haber ninguna satisfacción sin que haya deseo de algo, seguido del cumplimiento de éste, es por esto por lo que el cielo será bien monótono e insípido. Se está en el cielo eternamente

(1) *Knout*, especie de látigo de varios cabos de cuero con gruesos nudos, que se usaba en el ejército ruso para castigos disciplinarios, el cual produce profundos surcos en la carne.

ocupado en contemplar a Dios; se oyen siempre las mismas melodías tocadas con las mismas arpas; allí se canta continuamente el mismo cántico, que de tanto repetirse ha de hacer el efecto monótono del *Mambrú se fué a la guerra*. En fin, es la sosería y fastidio llegado al grado máximo. La estancia en una celda aislada, a nuestro modo de ver, sería preferible.

Nada de extraño hay en que los ricos y los poderosos se procuren el paraíso de la tierra, y burlándose del cielo digan con el poeta Heine:

*Nosotros dejamos el paraíso
A los ángeles y a los paganos.*

Y, por lo tanto, son justamente los ricos y los poderosos los que dan mayor brillo a la religión. Seguramente ésta forma parte de su oficio. Al mismo tiempo es una cuestión de vida o muerte para la clase explotadora, la burguesía, que el pueblo sea embrutecido por la religión. Su poder aumenta o decrece según aumenta o disminuye la locura religiosa.

Cuanto más el hombre es partidario de la religión, más creyente es. Cuanto más cree, menos sabe. Cuanto menos sabe es más bestia, y cuanto más bestia, más fácilmente se deja gobernar.

Esta lógica fué conocida por los tiranos de todos los tiempos y es por esto que hicieron alianza con el cura. Algunas divergencias ha habido entre estos enemigos de la libertad del género humano por recabar cada uno para sí la mayor suma del despotismo, pero no ha sido esto obstáculo para que vieran unidos para embrutecer, oprimir y explotar al linaje humano.

Los curas saben perfectamente que su dominio sobre las conciencias sería acabado el día que no le prestasen su ayuda los tiranos y los ricos. Y los ricos y los poderosos no ignoran que su imperio desaparecería el día en que los curas no embruteciesen moral e intelectualmente a las multitudes. Todos los curas indistintamente, no importa la secta a que pertenezcan, han sembrado con feliz éxito en el seno de las masas la idea de que este mundo es un valle de lágrimas, le han infiltrado al mismo tiempo la idea de respetar y someterse a la autoridad, con la expectativa de una vida más feliz en el otro mundo.

Wendthorst, el jesuita por excelencia, dió a entender muy claramente, en el calor del debate parlamentario, lo que los fulleros y los charlatanes representan a este respecto.

"Cuando la fe disminuye en el pueblo — dice — éste se da cuenta de que no puede soportar su miseria y se subleva".

Esta frase fué clara y terminante y debía hacer reflexionar mucho a los trabajadores. Pero ¡que esperanza! Hay tantos estúpidos, gracias a la ignorancia y al fanatismo, que oyen las cosas sin llevarlas jamás a comprender.

No es en vano que los curas, es decir, los sayones negros del despotismo, se vean obligados a emplear todo su poder para oponerse a la decadencia religiosa aunque, como se sabe ya, se rien entre ellos y sus amigos de las necedades y tonterías que van a predicar en pago de la buena remuneración que cobran.

Durante el curso de los siglos, estos relajadores de la inteligencia han gobernado a las masas por el terror, puesto que sin éste, hace muchísimo tiempo que la locura religiosa habría desaparecido. Los calabozos y las cadenas, el veneno y el puñal, el sable y la fuerza, el látigo y el asesinato, puestos en

uso en nombre de su Dios y de su justicia, han sido los medios empleados para el sostenimiento de esta locura, lo cual será un negro borrón para la historia de la humanidad. ¡Cuántos millares de individuos han sido quemados en las hogueras de la inquisición "en nombre de Dios" por haber osado poner en duda el contenido de la Biblia! ¡Cuántos millones de hombres se vieron obligados durante las guerras a matarse entre ellos, a devastar comarcas enteras, dejando luego como rastro la miseria y la peste, después de haber robado e incendiado, para sostener la religión! Los suplicios más refinados fueron inventados por los curas y sus secuaces para mantener el temor de Dios en los que no le tenían temor de ninguna clase.

Llamamos criminal al que intenta destruir a un semejante suyo. ¿Cómo llamaremos, pues, a los que atrofian el cerebro de los demás y cuando no se dejan embrutecer los destruyen por el hierro y el fuego, y con la crueldad refinada que lo hacía la inquisición?

Es bien cierto que estos malvados no pueden hoy día entregarse a sus innobles instintos de destrucción como otras veces, pero hoy todavía abundan los procesos por blasfemia. En cambio ellos saben, mientras tanto, introducirse dentro del seno de las familias y embaucar a las mujeres y a los niños, y acaparar y abusar de la enseñanza que se da en las escuelas. Su hipocresía mejor va en aumento que en disminución. Ellos se ampararon de la prensa cuando se dieron cuenta de que les era imposible destruir la imprenta.

Hay un antiguo proverbio que dice: "Donde un cura pone el pie tarda diez años en crecer la yerba", lo cual significa que cuando un hombre se halla bajo el dominio de un cura, su cerebro ha perdido la facultad de pensar, los engranajes de su inteligencia son inservibles y las arañas tejen espesas telas. Entonces el hombre parece un carnero que es presa del vértigo. Estos desgraciados han perdido lo más hermoso de la vida, y lo que es peor todavía, es que estos infelices son los que forman la masa de los contrarios de la ciencia y de la luz, de la revolución y de la libertad. Se les encuentra siempre a punto, a causa de su obtusa bestialidad, de ayudar a los que quieren forjar nuevas cadenas para la humanidad y de trabajar con los que ponen obstáculos al progreso cada vez más creciente de la humana especie.

Cuando alguien intenta curar estas enfermedades, no sólo realiza una hermosa obra consigo mismo, sino que contribuye a curar un horroroso cáncer que corroee las entrañas del pueblo, y cuyo cáncer ha de ser total y radialmente destruido si queremos que brille el día en que el hombre sea libre, en vez de ser juguete de los dioses y de los diablos, como ha venido sucediendo hasta el presente.

Por consiguiente, arranquemos de los cerebros las ideas religiosas, y abominemos de los curas. Estos dicen "que el fin justifica los medios" ¡Bien, muy bien! Nuestro deber es desenmascararlos y presentarlos tales como son.

Nuestro objeto es librar a la humanidad de toda clase de esclavitud, es emanciparla del yugo de la servidumbre y de la tiranía política y económica, y para lograr esto ha de sacudir antes el yugo tenebroso de las supersticiones y creencias religiosas. Todos los medios que tengamos al alcance debemos emplearlos para conseguir este gran fin, reconocido como justo por todos los amigos de la humanidad, y

debe ser puesto en práctica en las ocasiones propicias.

Todo hombre emancipado de la religión comete una falta a sus deberes cuando no hace siempre todo lo que puede para destruir la religión. Todo hombre libre de la "fe" que descuida combatir a los cuervos (curas) es un traidor a su partido.

Propaguemos contra los corruptores y alumbremos a las ovejas que les siguen. No desdénemos arma de ninguna clase en su contra. Desde la burla más acerba hasta la discusión científica, y si estas armas no producen todo su efecto, empleemos argumentos decisivos.

Que no se dejen pasar sin poner de manifiesto todas las alusiones a Dios y a la religión que se hagan en las asambleas, en donde sean discutidos los intereses del pueblo. Del mismo modo que el principio de autoridad y su sanción armada, el Estado, no puede encontrar gracia entre los partidarios de la revolución social — lo que está fuera de nuestro campo es naturalmente reaccionario —, del mismo modo la religión, o lo que la representa, no tiene ni puede tener lugar entre nosotros.

Téngase bien en cuenta que todos aquellos que quieren meter su charlatanería religiosa entre las opiniones de los trabajadores, por más que se presenten bajo el aspecto de la mayor respetabilidad y hombría de bien, son peligrosos personajes. Todos los que predicán la religión, cualquiera que sea su forma, no pueden ser más que bobos o pícaros. Estas dos clases de individuos no sirven absolutamente, para nada para el progreso de nuestras ideas. Estas, para su realización, precisan de hombres sinceros y convencidos.

La política oportunista en este caso, es no sólo perjuicio, sino un crimen. Si los trabajadores permiten a un cura mezclarse en sus asuntos, no sólo se verán engañados, si que también traicionados y vendidos.

Mientras tanto es lógico que el pueblo dirija sus principales esfuerzos a combatir al capitalismo que le explota y al Estado que le subyuga por la fuerza; es necesario también que no se olvide de la Iglesia. Hace falta que la religión sea destruida sistemáticamente si se quiere que el pueblo venga a la razón, puesto que sin esto no podría jamás conquistar su libertad.

* * *

Vamos a proponer algunas cuestiones para los que, siendo tontos, mejor dicho, embrutecidos por la religión, tengan ganas de corregirse.

Por ejemplo:

Si Dios quiere que se le conozca, que se le tema y que se le crea ¿por qué no se presenta?

Si es tan bueno y justo como dicen los curas ¿qué razón hay para temerle?

Si él sabe todo, ¿qué necesidad hay de molestarle con nuestras plegarias y con nuestros asuntos particulares?

Si Dios está en todas partes, ¿para qué fin se levantan las iglesias?

Si Dios es justo, ¿para qué pensar que castigará a los hombres que él mismo ha creado cargados de debilidades?

Si los hombres sólo hacen el bien por una gracia particular de Dios, ¿qué razón hay para que éste les recompense?

Si es todopoderoso ¿cómo permite que se blasfeme?

Si él es inconcebible e imponderable, ¿por qué permite que nos ocupemos de él?

Si el conocimiento de Dios es necesario, ¿por qué

razón es un misterio?

Y así podríamos seguir hasta llenar extensos volúmenes. La verdad es que ante tales cuestiones el creyente de buena fe se queda sin saber qué contestar, y el hombre que piensa debe demostrarle que no existe necesidad de la divinidad. Un Dios fuera de la naturaleza no es de ninguna utilidad cuando se conocen las leyes y las relaciones armónicas y variadas de la naturaleza. Y su valor moral no es menos nulo que el material.

No existe ningún país gobernado por cualquier soberano donde su manera de proceder no acarree el desorden y la confusión en el espíritu de sus vasallos. Ellos quieren ser conocidos, estimados, honrados, y el todo contribuye a embrollar las ideas que se puedan formar a su respecto. Los individuos sometidos a la dependencia y a las leyes de la divinidad, no tienen, respecto al carácter y a las leyes de su soberano, otras ideas que las que les suministran los charlatanes religiosos, y éstos, a su vez, han de confesar que no se pueden formar ninguna idea clara de su amo, puesto que su voluntad es impenetrable; sus miradas e ideas son inaccesibles, sus lacayos no han legado jamás a ponerse de acuerdo respecto a las leyes que debían dar de su parte, y ellos las anuncian de una manera diferente dentro de varias comarcas de cada país. Lo cual da por resultado inmediato que se peleen continuamente y se acusen de embusteros.

Los edictos y las leyes que *sensatamente* promulgan no son más que un puro embrollamiento; son juegos de palabras que no pueden llegar a ser comprendidas por los individuos que deben hacer de ellas su educación y su bandera. Las leyes de este tirano invisible tienen necesidad de ser aclaradas y sucede siempre que los mismos que las explican no logran jamás ponerse de acuerdo; todo lo que saben explicar de este tirano invisible es un caos de contradicciones, de manera que no dicen una palabra que no sea o bien una calumnia o bien una mentira.

Se le llama infinitamente bueno y mientras tanto no hay nadie que no maldiga sus decretos.

Se le llama infinitamente bueno y mientras tanto administración está organizada al revés de lo que dicen la razón y el buen sentido. Se glorifica su justicia, y los actos que más se le glorifican sólo son feroces venganzas. Se asegura que lo ve todo, y sin embargo, todo está en el más espantoso desorden. ¿Y por qué, viéndolo todo, permite confusión tanta entre sus lacayos y tantas infamias como a diario cometen? Además, lo hace todo por sí mismo y así ocurre que los acontecimientos se suceden todos perfectamente al contrario de los planes que se le atribuyen, lo cual dice muy poco en favor de su omnisciencia (1), y más aún de su facultad de ver lo que sucederá mañana. Y, finalmente, no se deja de ofender en vano y se ve obligado a sufrir sin enojo las ofensas que a cada cual le viene en gana dirigirle.

Se admira su saber y la protección de sus obras, y sin embargo sus obras son imperfectas y de corta duración. Y crea, destruye y corrige sin llegar jamás a estar satisfecho de sus obras, no buscando más en sus empresas que su propia gloria, sin aguardar el objeto de ser alabado en todo y por todo. El trabajo para el bienestar y la felicidad de los mortales, y a la mayor parte nos hace falta lo más necesario. Los

(1) *Facultad de verlo y de saberlo todo; de "omniscia", que quiere decir todo, y "scientia", conocimiento positivo.*

que él parece favorecer, son, precisamente, los más descontentos de su suerte, y se les ve a menudo sublevarse contra un amo del cual admiran la grandeza, alaban la sabiduría, honran la bondad, temen la justicia y cuyos mandamientos santifican sin cumplirlos jamás.

Este reino es el mundo: este soberano es Dios; sus lacayos son los curas: los hombres son sus esclavos. ¡Hermoso país! El Dios de los cristianos, especialmente, es un Dios que, como ya lo hemos visto, hace las promesas sólo por el gusto de no cumplirlas; envía las pestes y las enfermedades a los hombres para curarlos; un Dios que creó a los hombres a su imagen y que no quiere responsabilidad del mal que él mismo creó; que vió que todas sus obras eran buenas y luego se dió cuenta de que no valían nada; que sabía de antemano que Adán y Eva comerían del fruto prohibido y no supo evitarlo, por lo cual castigó luego al género humano: un Dios débil que se deja engañar por el diablo, y tan cruel que ningún tirano de la tierra puede compararsele. Tal es el Dios de la mitología judaico-cristiana.

El que creó a los hombres perfectos sin advertir a los que no lo son; el que creó al diablo, sin conseguir dominárselo, un pastelero, que la religión califica extraordinariamente sabio; por ella omnipotente y soberanamente justo, y castiga a millones de inocentes por las faltas de uno solo; que exterminó por medio del diluvio a toda la raza humana, excepción hecha de unos cuantos que constituyeron otra raza peor todavía que la destruida, y que creó un cielo para los tontos de capirote y un infierno para que allí ardieran los sabios que no creen en él.

Es el que se creó él mismo por medio del Espíritu Santo; que se envió como mediador entre él mismo y los otros, quien despreciado y burlado por sus enemigos, se dejó clavar en cruz como un malhechor cualquiera en la cúspide de una montaña; que se dejó enterrar y resucitó después de muerto y que bajó a los infiernos, y luego subió al cielo, donde está sentado a la derecha de sí mismo para juzgar a los vivos y a los muertos cuando ya no haya más vivos... En fin, el que ha hecho todo esto no es más que un charlatán *divino*. Es un espantoso tirano cuya horrosa historia debe ser escrita en letras de sangre, pues ella es la religión y es terror. Lejos, pues, de nosotros, esta horripilante mitología. Abominemos de este Dios inventado por los curas, de una fe sangrienta y terrorista, los cuales, sin su cinismo y ambición no hubieran alcanzado nada en la abundancia, y no predicarían por más tiempo la humildad los que han sabido esconder su orgullo con la máscara de la hipocresía. Lejos de nosotros esta cruel trinidad compuesta de padre asesino, de hijo concebido y dado a luz contra natura y de espíritu santo sensual que se dedica a hacer concebir hijos a mujeres casadas. Lejos de nosotros todos estos fantoches deshonorosos, en nombre de los cuales se quiere rebajar a la humanidad al nivel de miserables esclavos y que nos quiere mandar, en toda la potencia del embuste, de las penas de esta tierra, a las inefables delicias del cielo. Lejos de nosotros todos aquellos que con su demencia religiosa son un estorbo para el bienestar y la libertad. Dios no es otra cosa que un fantasma inventado por el charlatanismo de unos cuantos malvados refinados, los cuales han torturado y tiranizado a la humanidad hasta el presente.

Afortunadamente, este fantasma va desapareciendo a medida que es examinado por la razón a la luz de la ciencia, y las masas desengañadas, después de ha-

berse emancipado de tales aberraciones, arrojan indignadas a la faz de los curas, esta estrofa del poeta:

"Seas maldito Dios a quien hemos rogado durante el frío del invierno y los tormentos del [hambre]; pues en vano te hemos esperado largo tiempo y nos has escarnecido, engañado y manteado".

Esperamos que el pueblo no se dejará burlar y mantear más, y que pronto llegará el día en el cual los santos y los crucifijos serán convertidos en astillás para encender el fuego en las cocinas, los cálices y joyas convertidos en utensillos de utilidad general, las iglesias convertidas en salones de conciertos, teatros y locales para asambleas, y en el caso de que no pudieran servir para este objeto, en graneros o cuadras para caballos. Y esto sucederá forzosamente cuando el pueblo se sienta ya cansado de soportar tanta maldad e infamia. Esta manera de proceder, sencilla y eficaz, será, naturalmente, la que producirá la revolución social y acabará, al par que con los curas y sus mentiras, con los príncipes y burócratas y sus privilegios, y con los burgueses y su inicua explotación.

El día en que el pueblo consiga barrer a Dios y a sus lacayos, a los gobiernos y a sus sayones y a los burgueses y a sus perros, ese día será libre y podrá ocupar el puesto que le corresponde en la sociedad y en la naturaleza.



William Gropper
Cómo se firman los tratados de paz

ELISEO RECLUS

EL PORVENIR DE NUESTROS HIJOS

I

¡Cuán egoístas somos! En nuestros anhelos de revolución, raro es que pensemos más que en nosotros mismos. Exponemos las quejas de las clases trabajadoras, sobre todo las de los hombres, que son los más fuertes; reivindicamos para ellos el derecho a los instrumentos de trabajo y al producto íntegro de su labor; exigimos que se haga justicia. Comenzando a saber que somos el número y la inteligencia, sentimos surgir en nosotros la voluntad de obrar y, en la semiconciencia de nuestra fuerza, nos preparamos para la próxima revolución.

Si nos sintiésemos los más débiles, viles como somos en mayoría, mendigaríamos aun la migaja que cae de la mesa de los reyes.

Mas, por encima del hombre hecho, por desgracia, que sea, está el niño.

Ese ser débil no tiene derechos y depende del capricho benévolo o cruel.

Nada le protege contra la necesidad, la indiferencia o la perversidad de los que son sus amos.

¿Quién lanzará, pues, en su favor el grito de libertad?

En la sociedad actual, toda autoridad es ejercida de amo a esclavo, siguiendo una ley lógica.

Dios reina en las alturas, inspirando por encima de los cielos y delegando sus poderes en la tierra al más fuerte, sacerdote o rey, Hildebrand o Bismarck.

Debajo están los sátrapas de todo nombre, gobernadores y subgobernadores, generales y capitanes, jefes y subjefes, presidentes y vicepresidentes, todos doblando el espinazo ante un superior, todos hinchándose el pecho de orgullo ante sus súbditos: por un lado la adoración, por otro el desprecio, aquí el mando, allá la obediencia.

Desde Jacob no se ha encontrado nada mejor; la sociedad no es otra cosa que una serie de escalones que bajan de Dios al esclavo y continúan hasta los infiernos. Los infiernos, los abismos de tormentos, no son sino el símbolo de lo que tienen que sufrir los vencidos y los débiles.

Y entre esos débiles figuran los niños, que son los grandes burros de carga.

Pido a los hombres sinceros que se acuerden de sus jóvenes años. O bien fueron desgraciados por sí mismos, o bien, si fueron mimados, si las primeras

luchas de la vida fueron fáciles para ellos, vieron sufrir a los pequeños camaradas, y con sufrimientos irremediables, contra los cuales era inútil toda rebelión: ¿qué podían hacer contra las violencias y las burlas, los viles insultos de los grandes?

Nada, sino amasar poco a poco en su corazón un tesoro de venganza que, al ser grandes a su vez, gastan quizá en molestar a otros niños.

Por otra parte, por tiernos que sean los padres, por mucho que se sacrifiquen por la dicha de sus hijos, han de sufrir a su vez las condiciones que les crea la sociedad en que viven y someter igualmente a ellas a sus descendientes.

Sabido es hasta qué punto estas condiciones son duras para el pobre.

Es menester que el hijo del famélico entre muy joven en la fábrica, que se haga demasiado pronto el siervo de la máquina formidable que teje la lana y aplasta el hierro. No sólo ha de obedecer a los amos, a los capataces, a los obreros innumerables, sino que además se halla esclavizado a los rodajes, cuyos movimientos ha de observar para regular los suyos propios. No se pertenece, todo gesto se hace en él un simple mecanismo, toda sombra de lo que hubiera podido ser el pensamiento no es en él mismo sino un acompañamiento de la obra del monstruo impulsado por el vapor.

Así es como se eleva al estado de hombre, cuando la fatiga, la miseria, la anemia, no ponen un rápido término a su vida de fracasado.

Enfermo de cuerpo, pobre de inteligencia, sin ideas morales, ¿qué puede ser de él y cuáles son sus alegrías? Groseras, brutales sensaciones que no le despiertan un momento sino para dejarle caer de nuevo, más entorpecido, más incapaz de escapar a su esclavitud.

¡Y los legisladores se ocupan todavía de vez en cuando de regular "el trabajo de los niños en las fábricas"!

Con arreglo a estas leyes, que se tiene la audacia de alabar como maravillas de la humanidad, ningún patrono tiene derecho a hacer trabajar al niño más de doce horas y a privarle del sueño de por la noche, "sino en casos excepcionales".

Y la excepción, ya lo sabemos, se convierte siempre en la regla.

Tanto vale decir que está permitido envenenar, mas sólo en pequeñas dosis, asesinar, mas a fuerza de golpes pequeños.

II

Pero admitamos que, en adelante, el trabajo de los niños en las fábricas sea prohibido; lleguemos a suponer que los padres reciban una pensión del Estado, a cambio del corto salario que el patrono daría al niño.

En lo sucesivo, la escuela estaría abierta, y la educación sería completa para todos, para el hijo del pobre como para el del rico.

Ahora que la escuela es laica, la forma religiosa ha sido reemplazada por una fórmula gramatical, las sentencias latinas incomprensibles han sido reemplazadas por palabras de nuestro idioma que no son más claras.

Poco importa que el niño comprenda o no; es menester que aprenda algún formulario trazado de antemano.

Después del absurdo alfabeto que le hace pronunciar las palabras de otro modo que como las lee y le acostumbra de antemano a todas las necedades que le son enseñadas, vienen las reglas gramaticales, que recita de memoria, luego las bárbaras nomenclaturas que llaman geografía, luego el relato de crímenes reales conocidos con el nombre de historia.

¿Y cómo la criatura, aun la bien dotada, puede, andando el tiempo, desembarazar su cerebro de todas estas cosas, que se hicieron entrar en él por fuerza a veces, con ayuda del látigo y del trabajo excesivo?

Por otra parte, ¿no tienen esas escuelas su esclavitud, horas de clase y barrotes en las ventanas?

¡Si se desea educar a una generación libre, es menester comenzar por destruir las prisiones llamadas colegios y liceos!

¡Socialistas, pensemos en el porvenir de nuestros hijos más que en la mejora de nuestra situación!

Nosotros mismos, no olvidemos, pertenecemos más al mundo del pasado que a la sociedad futura. Por nuestra educación, nuestras viejas ideas, nuestros restos de prejuicios, somos aun enemigos de nuestra propia causa; la señal de la cadena se ve aun en nuestro cuello.

Pero tratemos de salvar a nuestros hijos de la triste educación que nosotros mismos recibíramos; aprendamos a educarles de modo que se desarrollen en la más perfecta salud física y moral; sepamos hacer de ellos hombres como nosotros, quisiéramos ser.

No olvidemos; el ideal de una sociedad se realiza siempre.

La sociedad burguesa actual, representada completamente por el Estado, ha hecho por la educación precisamente lo que quería hacer.

Porque, ¿qué hace el Estado de los niños sin familia que a su cargo toma?

Sabido es. Los reúne en hospicios, en donde, mal alimentados, mal cuidados, sucumben la mayoría; luego toma el resto y los educa para hacer de ellos soldados, carceleros, polizontes.

He ahí su obra. Y la sociedad por él, representada está satisfecha de ella.

En cuanto a nosotros, cuando nos llegue nuestra vez, que llegará sin duda, cuando podamos obrar y hacer lo que queramos, nuestro principal objeto será preservar a nuestros hijos de todas las miserias que nosotros sufríramos.

Tengamos la firme resolución de hacer de ellos hombres libres, nosotros que aun no tenemos de la libertad sino la vaga esperanza.



D. A. DE SANTILLAN

EL CAPITALISMO MODERNO

Cuando se habla de la "racionalización" se nos dice que ese proceso ha existido en realidad siempre, porque el capitalismo se ha esforzado de continuo por producir cada vez más con menos costo, o mejor dicho, por extraer del trabajo ajeno el mayor beneficio. Sin embargo, el proceso que llamamos "racionalización" de la economía y que es propio de los últimos diez o quince años, tiene un carácter especial, que le singulariza en la historia económica y del cual los futuros historiadores hablarán como de un capítulo nuevo del desenvolvimiento capitalista.

Lo mismo podríamos decir de las formas actuales del capitalismo. Esa tendencia a la concentración, a la asociación, a la alianza no es en general de ahora, pero ha llegado en estos tiempos a un grado tan intenso que nos permite hablar de la iniciación de un nuevo período de la vida económica.

Lo que distingue al capitalismo de nuestros días es el avance hacia la supresión de la libre concurrencia; hasta aquí la concurrencia era algo típico, como idea y como realidad, del capitalismo industrial; en ese dominio se trata de excluir cada vez más, refugiándose apenas en el capitalismo financiero, que expresa hoy una última forma de competencia, íntimamente ligada a las corrientes imperialistas.

En otros términos, la tendencia básica del capitalismo de nuestros días es la monopolización de la producción y la venta de determinados artículos, monopolización que supone y aspira a la dictadura sobre los precios y contra lo cual ni el proletariado ni la sociedad en general han imaginado frenos de defensa ni instrumentos ofensivos.

Las formas de esa tendencia a la monopolización son los sindicatos capitalistas, los kartells, los trusts, etcétera, nacionales e internacionales.

Hace ya años que esas alianzas internacionales existían. Un autor alemán contaba en 1896 ya 40 kartells de esa especie; 22 de ellos eran alianzas de industriales alemanes con ingleses del mismo ramo, 13 con industriales austriacos, 10 con belgas, 9 con franceses. Antes de la guerra se calcula que había no menos de 100 kartells capitalistas internacionales. Pero era una tendencia que se procuraba mantener en secreto, en parte porque así favorecía las especulaciones del capitalismo, en parte porque la dictadura de los fabricantes y comerciantes al por mayor podía suscitar un fuerte movimiento de repudio moral y material.

No es que se haya suprimido enteramente el secreto de esas alianzas, fusiones y trusts nacionales e internacionales, pero ha pasado a la publicidad que

las formas dominantes del capitalismo son ya esas y que la pretensión consiste nada menos que en la abolición de la libre concurrencia en economía, como en política se tiende a suprimir la democracia.

La diferencia que había entre los trusts y otras formas de alianza del capitalismo antes de la guerra y los de ahora está en esto: antes de la guerra se ensayaba y ahora se trabaja sobre adquisiciones prácticas; es decir antes se buscaba una solución y ahora los capitalistas creen haberla hallado.

Damos una lista de algunas alianzas o kartells industriales internacionales de reciente fundación o últimamente renovadas (1):

Trust internacional del acero, fundado en 1926, en el que participan Alemania, Francia, Bélgica, Luxemburgo, Austria, Hungría, Checoslovaquia y Yugoslavia.

Trust europeo de los rieles ferroviarios (European Railways Manufacturers Association — "Erma"), fundado en 1904, renovado en 1926, con la participación de todos los países europeos, menos Rusia (para Estados Unidos se prevé una cuota).

Trust internacional de los caños, fundado en 1906, renovado en 1926, con los siguientes países participantes: Alemania, Austria, Inglaterra, Estados Unidos, Polonia, Checoslovaquia.

Convención internacional de alambres, fundada en 1927, en la que participan Alemania, Holanda, Austria, Bélgica y Checoslovaquia.

Trust europeo occidental de las máquinas para fabricar alambres, fundado en 1927 y en el que participan Bélgica, Alemania, Francia, Luxemburgo.

Hay además un trust de fabricantes de alambres, fundado en 1926 y en el que participan Alemania, Francia, Inglaterra, Austria, Bélgica y otros, para el alambre laminado.

Sindicato internacional del cobre, fundado en 1926, en el que participan todos los Estados a excepción del Japón y de Australia.

Trust europeo del aluminio, fundado en 1912, renovado en 1926, con la participación de Alemania, Inglaterra, Francia, Suiza, Italia y Austria.

Sindicato internacional de las lamparillas eléctricas, fundado en 1925, comprendiendo a casi todos los Estados del mundo.

Trust central europeo del esmalte, fundado en 1893, renovado en 1903, en 1906 y en 1926, con la partici-

(1) Fritz Koenig, *Gewerkschafts Archiv*, Jena, agosto de 1927, págs. 96-97.

pación de Alemania, Polonia, Checoslovaquia, Austria, Hungría.

Trust europeo de las botellas, fundado en 1907, renovado en 1926, participando en él Alemania, Francia, Austria, Holanda, Checoslovaquia, Escandinavia, Hungría.

Convención internacional de vidrieras, fundada en 1904, renovada en 1926, con la participación de Francia, Bélgica, Alemania, Checoslovaquia y otros países.

Kartell internacional de la potasa, fundado en 1925 con la participación de Francia y de Alemania.

Kartell europeo central del cemento, fundado en 1905, renovado en 1906, con la participación de Alemania, Austria y Suiza.

Convención europea de la cola, fundada en 1926 con la participación de quince países europeos.

Asociación internacional de uniones industriales de tejedores y elaboradores del algodón, fundada en 1914 y renovada después de la guerra, con la adhesión de todos los países europeos, de Estados Unidos, el Japón y las Indias.

Kartell internacional del linoleum, fundado en 1927 y abarcando a todos los países productores.

Kartell internacional de artículos de arcilla, fundado en 1926 y en donde están representados Alemania, Austria y Checoslovaquia.

No se crea que agotamos la lista con esa mención. Hay convenciones, alianzas, trusts, etc., etc., para las industrias del film, del radio, del papel, de la fotografía, de productos químicos de artículos de consumo, por ejemplo el tabaco. Hay poderosos trusts de navegación, petrolíferos, carboníferos, trusts de explosivos, de cables, de sedas artificiales, de artículos de electricidad. Se tiene el ejemplo del trust de los fósforos, con más de 150 fábricas en 28 países diferentes y que domina la mitad de la producción mundial.

Y si por un lado el cuadro nos presenta una creciente trustificación internacional de las industrias, hay que suponer que en el dominio nacional la trustificación o monopolización ha hecho progresos más considerables. Sin entrar en más detalles podemos decir que la vida industrial está ya dominada en los países de capitalismo desarrollado mediante los kartells, trusts, compañías, etc. No siempre es fácil descubrir todas las ramificaciones de un trust tanto si es nacional como si es internacional. Pero aquí no pretendemos examinar los detalles sino la forma general de la organización de la economía capitalista.

Existen en Alemania 3.250 empresas de electricidad; de ellas 814 han integrado una amalgama con el nombre de "Vereinigung Elektrozitaetswerkem". Vemos ahí una concentración que abarca el 25,05 por ciento de la producción total de electricidad; hay además otras asociaciones de la misma industria, cada una de las cuales abarca o controla una buena cantidad de empresas. Así, pues, entre tres o cuatro centros principales se domina una industria tan importante y vital como la de la electricidad en un país de 60 millones de habitantes.

Un especialista en el estudio de la moderna con-

centración capitalista escribe (*Gewerkschaftsarchiv*, Jena, februar 1928, págs. 75-76), lo siguiente:

"El progreso en el dominio de la organización y de la concentración capitalista fué en 1917 extraordinario. Claramente en algunos casos especiales no se realizaron agrupaciones tan vastas de trusts y kartells como en 1926, en el que se llega a la formación del trust del Ruhr y del trust internacional del acero, pero en la consideración total se evidenciaron tendencias concentracionistas no menos fuertes. Apenas ha quedado una rama importante inmune ante el ímpetu expansionista de fuertes grupos financieros o de agrupaciones paritarias de establecimientos industriales"...

... "Paralelamente a las agrupaciones de naturaleza técnico-productiva y financiera van las formaciones de alianza, sindicatos y kartells sobre la base nacional e internacional con el objeto de determinar los precios y restringir la producción. Con la falsa consigna de la "Racionalización del aumento de producción" intenta el capitalismo y en especial la gran industria aumentar mediante acuerdos internacionales las cuotas de sus beneficios y fortificar su influjo político"...

Que estamos en la hora de las grandes concentraciones industriales, es cosa que nadie pone en duda, ya se trate de concentraciones de establecimientos de la misma rama en un país o en diversos países, o ya del predominio de algunas empresas personales sobre industrias enteras. Se conoce internacionalmente el caso de Henry Ford; él solo, con su producción de automóviles, representa un gran trust por su capacidad productiva y por su influencia en el mercado. Como Ford en Estados Unidos, tenemos a Citroen en Francia, a Schapiro en Alemania, firmas que ocupan de 20 a 60 mil obreros cada una. Aunque no trabajan siempre con capital personal, manipulan el capital ajeno con absoluto predominio, de modo que podemos hablar de empresas personales.

Una empresa típicamente personal, como la de Ford en la industria del automóvil, es la de Thomas Bata, el fabricante checoslovaco de zapatos, que en pocos años se ha convertido en el mayor fabricante de calzado del mundo. Ocupa hoy 12.000 obreros en sus establecimientos de Zlín en Moravia y produce 23 millones de pares de zapatos al año. Solamente Bata ha producido una crisis enorme de desocupación en la industria del calzado de Alemania, que no ha podido concurrir con él ni en baratura ni en capacidad de producción.

Está, sin embargo, tan al alcance de todos los observadores en cualquier país, sobre todo en los industrializados, la constatación del predominio de las grandes empresas trustificadas, fusionadas, amalgamadas o coaligadas sobre el mecanismo total de la economía, que nos creemos dispensados de analizar la situación de los diversos países y de las diversas industrias. El pequeño industrial no lleva más que una vida vegetativa, que por lo general apenas le compensa con una mayor independencia frente a los obreros y que, por otra parte, no hace sino confir-

mar aquella ley proudhoniana según la cual la introducción de un sistema productivo o de trabajo moderno no excluye por completo los anteriores, como se ve bien claro en la industria de los transportes, donde no obstante todos los adelantos, todavía se encuentran grandes masas dedicadas al transporte a lomo de mula y a lomo de hombre. Las grandes empresas no excluyen en absoluto las pequeñas, pero les hacen perder su razón de ser, su posibilidad de desarrollo y sobre todo eliminan el juego de la libre concurrencia, como ya hemos dicho.

No hay industria que no haya sido dominada ya por los grandes trusts monopolistas. Estos se realzan bajo las siguientes formas:

Bajo el predominio de una persona o de una fábrica;

Por la fusión o amalgama bajo una sola administración de las fábricas de la misma rama;

Por la alianza o comunidad de intereses de diversas fábricas, con administración independiente;

Por la agrupación de los capitalistas para defender sus intereses frente al proletariado y para discutir sobre el nivel de los precios y otros asuntos de interés común.

Para todas esas formas de agrupación hay nombres técnicos, definiciones consagradas. No es eso lo que aquí nos interesa.

Las amalgamas, trusts, comunidades de intereses, etcétera, se preocupan en primer lugar del modo de aumentar sus beneficios. Para ello necesitan el dominio, el control o por lo menos la influencia en el mercado, en el nivel de los precios. Para mantener los precios se distribuyen las cuotas de producción que corresponden a cada fábrica adherida o a cada país, con multas para los que sobrepasan la cantidad establecida e indemnizaciones para los que producen menos. Ese sistema se ha puesto en práctica nacional e internacionalmente por grandes concentraciones industriales, como la del acero, por ejemplo.

—o) (o—

PRIMO DE RIVERA

De un vulgar borrachuelo, salió el dictadorzuelo que privó a España un día del derecho de gentes. Ridículo comparsa de un triste reyezuelo, sólo le aplaude el coro de necios, de dementes.

Andaluz, ha debido vestir corta chaqueta, sombrero de ala ancha, ceñido pantalón; y, si no ya trabuco, empuñar la escopeta, o bien la faja enorme del chulo, del matón.

Bandolero en su jaca, lleva a la grupa a España. No necesita — cree — de otra mejor compañía. A él se le importa un bledo de la Constitución.

A la Sierra Morena va este Diego Corrientes, la escopeta en el brazo y el cuchillo en los dientes. El miedo ha de matarle. Le falta "corazón".

DONKOR

FRAGMENTOS

Existen partidarios de la violencia en todos los extremos del pensamiento, acaso porque su alma motriz, toda la voluntad y todo el pensamiento está concentrado no más en los fines de un hecho determinado, que puede encerrar en lo hondo, en su entraña, maravillas de excelcitud y de ansias justicieras. Pero en el mundo, pese a nuestros cálculos, no todo es voluntad, a pesar de Arturo Schopenhauer. Existe también la paciencia, que es la germinadora de los siglos. Y es por ello por lo que la sociedad existe, aun con todos sus descompuestos humanos, a los que no se puede recusar en manera alguna más que con el pensamiento, pero valiéndonos del mismo para enderezar los esfuerzos baldíos y las reflexiones infecundas que son un lastre y hasta un abismo, en cuyo fondo a veces nos crispamos violentamente, pero a cuyo interior hay que mirar con insistencia profunda, por si acaso atisbamos una lucecilla misteriosa y auguradora...

Se podrá argüir por algunos: ¡Bah! ¡Filosofía barata! ¡Literatura sentimental! Está bien, amigos; no todo ha de ser filosofía, ni literatura, pero si se aspira a transformar todo un sistema social, dejad que en tanto uno abate muros, vaya el otro arreglando los tazones de un jardín. No amontonemos los martillos y los mármoles, que en la vida no todo es imprescindible, pero no olvidéis que tan necesario es el búcaro con flores, como los hierros del forjador. Todo es llama entre nosotros, bajo la creación, y todo es energía. De la diversidad de pensamientos, puede surgir la armonía. Esta engendra fatalmente el poema, y para su comprensión, ya que no para su forja, es menester espiritualizar todos los oídos, ofreciendo a cada cual, no un órgano trasmisor, sino una bella y clásica corriente receptora...

No todo el pensamiento es un siglo, ni toda la creación puede encerrarse entre los infolios dogmáticos de una doctrina. El esfuerzo hacia el equilibrio de las fuerzas físicas y sentimentales es digno de respeto, cualquiera que sea nuestra teoría, y en vez de rechazar voluntades, debemos tender a fundir todos los concursos. ¿Qué importa la denominación, a veces, si el fondo palpita de realismo y de ansias fraternas, está siempre encendido, como un resplandor de eternidad?...

Según los eruditos, la Venus de Milo fué encontrada sin brazos, en unas excavaciones; esto es, mutilada. Suponemos que la mitología no halló nunca el denominador de esa figura. Porque a nosotros se nos ocurre pensar que esa Venus tronchada es todo un poema y todo un símbolo, ya que en su época los brazos, acaso, no hicieran falta para aprisionar las siembras futuras de almas y de pensamientos, hasta Grecia ausentes de fraternidad, por ser acaso la Belleza (perdon, oh profesores de estética! — refractaria — ¿no es eso, ¡oh manes de Platón!? — a la presión de los sexos, fundidos eternamente, no por un espasmo sexual, sino por un anhelo maravilloso de belleza y de justicia social.

J. ALCINA NAVARRETE



MEMORIA LEIDA EL 5 DE DICIEMBRE DE 1899, ANTE EL GRUPO "FREEDOM DISCUSSION" DE LONDRES

Las observaciones siguientes, basadas en un artículo que publiqué en el número de *Freedom* correspondientes al mes de noviembre de 1897, no deben entenderse como un deseo de reemplazar la propaganda anarquista directa por medios indirectos; se limitan sencillamente a promover una cuestión general que, según yo sé, y he oído decir, se ha descuidado hasta aquí. Es ésta la posibilidad de alguna forma o combinación nueva en la lucha obrera.

Y sobre esta cuestión invoco la crítica anarquista para que examine si salvo la posibilidad general, si tiende o no hacia la libertad, y por consecuencia si merece o no el apoyo de los anarquistas.

El progreso en el movimiento obrero me parece, después de todo, desesperadamente lento. Las ideas que se nos presentan más claras, evidentes y aceptables por sí mismas, chocan frecuentemente con tal cúmulo de prejuicios e ignorancia, que no permite dudar que las grandes masas las aceptarán algún día seria y concienzudamente, si no se producen en ellas grandes cambios, o al menos reciben en vasta escala lecciones prácticas. Y aun donde existen ya estas lecciones prácticas, porque la solidaridad de los trabajadores se ha demostrado, no por la propaganda de las ideas libertarias, sino con ventajas materiales directas, por pequeñas que hayan sido, como en el caso del tradeunionismo y la cooperación, el grueso de la masa, propiamente hablando, no llega a adquirir conciencia de ellas, a pesar de un siglo de propaganda y agitación.

Que el pesimismo de este modo de pensar esté o no justificado, la utilidad de hallar — si es posible — medios nuevos que fortifiquen la situación del trabajador es incontestable, y algunos medios de acción, con caracteres permanentes o transitorios han sido propagados y hasta se ha intentado traducirlos en hechos durante los últimos años: tales son, por ejemplo, la huelga general, la huelga militar, la huelga internacional de los mineros, la marcha de los obreros huelguistas o sin trabajo hacia la capital (como en América y posteriormente en Francia), el sabotaje (trabajar despacio y mal, y el "gocanny" precomenzado en Francia). También se han hecho esfuerzos para utilizar las organizaciones obreras de producción y consumo en el sentido de ejercer una acción económica directa, por ejemplo una combinación del tradeunionismo y de la cooperación, colonias cooperativas, bolsas del trabajo (según la expresión americana relativa al cambio directo de los productos del trabajo), etc. He ahí por qué yo me atrevo a exponer otros métodos de acción. La actitud de los anarquistas respecto a los medios que acabo de citar, es decir, una ayuda práctica siempre que sea posible, sin separarse de ningún modo de la propaganda de nuestra

concepción social íntegra de hombres libres en una sociedad libre.

Lo que convendría, además de la propaganda intelectual directa de los anarquistas y la acción realmente revolucionaria, que es independiente de toda discusión preliminar, es que las grandes y crecientes masas del pueblo sean inducidas a comprender y aceptar el principio de la dignidad y la libertad humanas, lo mismo que el de la solidaridad, y esforzarse por vivir según esos principios. Es, además, necesario que la conexión existente entre estos dos principios sea reconocida, porque sólo el primer principio, superficialmente interpretado, puede conducir a la acción personal del individuo para sí mismo sin preocuparse de si su mejora es paralela a la de sus compañeros, mientras que la solidaridad, sin la dignidad y la libertad personales, no puede ser otra que la que hoy vemos aplicada a nuestro alrededor hiriéndonos a cada instante: la solidaridad de la mayoría compacta con las peores ignominias del sistema presente: competencia, patriotismo, religión, partidos políticos, etc. Por eso es necesaria una plena y consciente combinación de los sentimientos de libertad con los de solidaridad; y los que hayan progresado hasta ese grado, se hallarán más en condiciones de aceptar nuestras ideas, o al menos serán más aptos para comprenderlas que ciertas capas de la población presente. No creo, pues, padecer error al exponer tal criterio, piedra de toque de ciertos medios de acción posible; y aquellos procedimientos también de acción que no se eleven hasta este nivel, deben mejorarse.

Antes de entrar en materia, necesito exponer mis opiniones sobre dos puntos, con relación a los cuales me considero herético, separándome de las creencias económicas corrientes y, en ciertos casos, de los argumentos empleados en la agitación. Mis ulteriores conclusiones se basarán sobre esos dos puntos preliminares.

Uno de ellos se refiere a eso que se llama el público; este factor, según mi modo de ver, no se ha tomado lo bastante en consideración en las luchas obreras. Los trabajadores de una industria están organizados y luchan rudamente para mejorar su situación económica; los patronos obran del mismo modo y pueden verse obligados, bien sea por huelgas coronadas con el éxito o bien por la organización de los obreros, a hacer concesiones en el trabajo. Pero los consumidores de productos de esta industria no tienen ninguna organización, no hacen nada para la salvaguarda eficaz de sus intereses, y la reducción de sus gastos comprando lo más barato posible; de lo cual resulta que los capitalistas consiguen recuperar casi íntegramente el precio de las concesiones hechas al trabajo sobre el público que consume. El trabajador, que yo sepa, no interviene para evitar esta consecuencia correlativa de sus luchas. Así sucede que el precio aumenta o la calidad de los pro-

ductos es inferior, y el público paga los gastos de las concesiones arrancadas al capital por el trabajo, como debe hacerlo necesariamente el partido más débil.

¿Pero quién es el público? Pues todos los consumidores, naturalmente. Pero por el momento puedo dividirlo en dos categorías: los que disfrutan de grandes rentas a quienes las fluctuaciones de los precios no afectan seriamente (en este sentido se les puede poner fuera de cuestión), y las grandes masas cuyos recursos son menores o pequeños y a las que la más pequeña alteración en los precios ocasiona molestias y perjuicios, privaciones y ruina. Un considerable número de estos últimos soportan voluntarios la nueva carga, consecuencia del éxito de la huelga de sus camaradas de trabajo, bien porque sean socialistas o anarquistas convencidos, o bien gracias al instintivo sentimiento de solidaridad y de amor hacia la hermosa causa que hace de ellos la base de nuestra esperanza en un porvenir mejor. Pero veo que yo mismo me ilusionaría si cerrara los ojos sobre el hecho de que la gran masa, no iniciada en las ideas de progreso y accesible a los nobles sentimientos (¿si no fuera así cómo toleraría el sistema actual?), no siente acrecentarse su simpatía en tales casos hacia los trabajadores organizados, y permanece débil, indiferente, cuando no hostil como antes.

Yo creo que, si por ejemplo, durante una huelga de mineros, el marido, un obrero, simpatizando con los huelguistas, contribuye gustoso con algunos céntimos a la suscripción abierta a favor de los obreros en huelga, la mujer, que tiene que resolver el doble problema de atender a las necesidades de la casa con el mismo salario que antes, no obstante el aumento en el precio del carbón, no participará de las simpatías de su cónyuge con los obreros en lucha, sino, al contrario, le hará observar las vicisitudes de la vida doméstica y así, naturalmente, se neutralizarán los respectivos sentimientos.

Las huelgas que producen estos efectos, dejan las cosas en el mismo estado, desde el punto de vista económico y moral, hasta en los casos que la huelga ha sido victoriosa; porque los gravámenes de las concesiones económicas, las recupera el capitalista del público que compra. La masa obrera sufre tanto más cuanto mayor es su pobreza; la elevación moral y el entusiasmo de los huelguistas y de los que simpatizan con ellos se contrarrestan por la depresión y muda hostilidad de la masa, que es la que en realidad paga los vidrios rotos, como vulgarmente se dice.

De aquí, pues, la necesidad de hallar los medios por los que el público (la masa obrera) se sintiera interesado materialmente, y no sólo por puro sentimiento, tanto como los huelguistas mismos. Una vez interesados seriamente, la ayuda podría ser enorme, pues, además de las simpatías y el apoyo metálico, el público podría manejar con éxito el arma poderosa del boicot.

He ahí el primero de mis dos puntos preliminares. Mi segunda herejía se refiere a la responsabilidad de los trabajadores con relación al trabajo que ellos hacen. Esta responsabilidad no ha sido reconocida hasta ahora, pues es costumbre considerar a un hombre como honrado trabajador si trabaja por un salario sin preocuparse nunca de la clase de trabajo. ¿Existe alguna ocupación que de un modo efectivo se eluda o exerce? Por infame que la ocupación sea es difícil hacerla vergonzosa para quien en ella se ocupa. Dejando a un lado el hecho doloroso de las

solicitudes para ocupar el puesto de verdugo ¿no leemos algunas veces que personas de distintas profesiones se presentan de entre los trabajadores y la clase media para desempeñar tan repugnante función? ¿Para muchos no es la suprema ambición ser guardias municipales, y policías y soldados no son alimentados en gran parte por necias mujeres del pueblo, sirvientes y cocineras? Los soldados que en Inglaterra se alistaban voluntariamente, saben que su ocupación habitual no consistirá en defender su patria, a la que nadie atacará, sino en reprimir una tras otra todas las sublevaciones de pobres indígenas mal armados, y reprimirlos tan bárbaramente como sea posible, a fin de aplastar desde un principio la insurrección para evitar la extensión. Hay, pues, hombres jóvenes que no les da vergüenza el ingresar en la policía, ni de ser verdugos, y la masa del pueblo no siente ninguna aversión hacia los soldados, sino que fraterniza con ellos. Tampoco escasean jamás los usureros, corredores, alcahuetes, agentes electorales, cobradores de impuestos, agentes de propiedad, guardas rurales, etc. Y la pretendida opinión pública, que alardea de humanitaria y civilizada, no parece percatarse de sus enemigos del interior y si acaso se ocupa es para declarar que no es culpa de ellos.

Pero yo voy aun más lejos y digo: es cierto que esta escoria social goza de bien poca popularidad entre la mayoría del pueblo, pero mientras tanto se ejercen industrias y profesiones infames, por mayor número de hombres aún, y nadie parece encontrar esto censurable. Me refiero aquí a la gran masa de trabajadores manuales que construyen malas habitaciones, ropas de malísima calidad y alimentos adulterados, y así sucesivamente, que degradan la vida, embrutecen el espíritu y arruinan el cuerpo de sus propios compañeros de trabajo. ¿Quién ha construido esos tugurios y, lo que es aun peor, quién los mantiene en estado que permite ser habitables con reparaciones superficiales y repetidos enjabelgamientos? ¿Quiénes son esos que producen vestidos que caen a pedazos la primera vez que se ponen; quiénes elaboran alimentos y bebidas detestables que sólo los pobres consumen? ¿Quiénes son, en fin, los que los presentan al público, a los pobres, cuando otros les han dado un aspecto brillante, en el caso que se hayan tomado esta molestia, y los venden sin escrúpulo con ayuda de fingimientos y mentiras? Todo esto se hace, aunque inspirado por los capitalistas que son los únicos que se aprovechan, por importantes ramos del trabajo, respetados y bien organizados: el gremio de constructores, la industria textil y los dependientes de comercio. Esto me disgusta y subleva, y a mi modo de ver, son ocupaciones que no tienen excusa, y bien menos aun que no se tomen ni siquiera la molestia de consignarlas y menos la de combatir las.

En el fondo se halla siempre la vieja y egoísta excusa: "Yo debo hacerlo así; yo no tengo derecho a elegir mi trabajo". Si yo no lo hago, otro lo hará. Si no obtuviera con ello algún provecho preferiría hacer otra cosa útil. Pero no soy responsable; la responsabilidad es del patrono que me ordena el trabajo que yo hago.

Mi opinión es que mientras esa excusa — ese flego fatuo, que sólo es excusa de mercenario — sea admitida y generalmente aceptada, las cosas podrán continuar tal cual hoy son, y que el porvenir anhelado no llegará jamás. Los capitalistas, de acuerdo con esta opinión, se hallarán siempre en condiciones de pagar la mitad de los trabajadores para contener la otra mitad. Por otra parte, continuarán manteniendo

la gran masa de los trabajadores en un estado de degradación física e intelectual, abatidos, sin energía, ignorando hasta la mayor parte de los infinitos goces de la vida, debido todo ello al triste y deprimente ambiente, a la insuficiencia de nutrición que origina la anemia del cuerpo y el cerebro. Y el trabajo manual, el trabajo práctico que engendra tal estado de cosas, se hace por los trabajadores mismos, los cuales por otra parte sufren personalmente lo mismo que los demás. El asesinato directo, el que comete el soldado cuando fusila a los huelguistas, y el asesinato indirecto por la producción de horribles habitaciones y mala alimentación, etc., operado por los trabajadores en la persona de sus propios hermanos, son dos actos igualmente funestos por sus consecuencias, y que es preciso reconocer como tales antes de pensar en obtener alguna mejora.

Eso es lo que yo llamo la responsabilidad del trabajador con relación a su trabajo. Y no me paro aún aquí; sostengo además que la carencia de ese sentimiento de responsabilidad degrada tanto a los obreros como a sus víctimas. Nadie negará que los policías y soldados son hombres degradados y embrutecidos por el ejercicio continuo de esa caza al hombre, lo único que constituye su profesión, y por la traición y el asesinato profesionales. Respecto a los trabajadores no vacilo en afirmar que el caso es el mismo, cuando ejercen oficios o industrias basadas en el fraude. Tomad, por ejemplo, al lampista que engaña continuamente al cliente haciéndole creer que repara las tuberías que conducen las aguas al albañal, cuando en realidad no hace nada, o bien el dependiente de comercio que se pasa el día vendiendo al público lo que no le sirve para nada bueno, pero que por eso mismo el comerciante tiene necesidad de vender. Yo no creo que el carácter de esos trabajadores, por muy honestos y leales que sean al principio, se mejore con el tiempo; hay muchas más probabilidades para que se hagan insensibles e indiferentes que libres y entusiastas. Igualmente la multitud productora de géneros malos o mediocres no puede ciertamente interesarse por su trabajo. Pero nadie puede vivir sin interesarse por lo que hace, o de lo contrario, sus facultades se entorpecen, su inteligencia se restringe y él mismo, de paso, se hace incapaz de comprender las ideas de libertad y rebeldía y menos aun de ponerlas en práctica. Comparad esos hombres con los que describe William Morris en su *Rehabilitación del trabajo manual* y en sus *Noticias de Ninguna Parte* (1) y comprenderéis claramente lo que quiero decir.

Faltábame hallar un medio de acción que pudiera conducir a la gran masa del pueblo a la concepción y aceptación de una positiva y seria combinación de los inseparables sentimientos de dignidad, de libertad y solidaridad humanas.

Un tal medio, podría, creo yo, dar buen resultado, si los dos elementos de que acabo de hablar se combinan convenientemente, a saber: 1.º, la necesidad de dar al público (a la masa obrera) un interés económico en las huelgas, tan grande como a los huelguistas mismos, y 2.º, la necesidad para los trabajadores del sentimiento de su responsabilidad con relación a su trabajo, excitándoles a que se esfuercen para poner término a los perjuicios que produce a sus semejantes un trabajo antisocial.

(1) "Noticias de Ninguna Parte", publicado por la Editorial LA PROTESTA.

Este medio daría cierta impulsión a los sentimientos de respeto a sí mismo y de solidaridad, y arrastraría a la gran masa, por consecuencia, al camino de la libertad, haciéndola más accesible a una propaganda más avanzada, porque las enseñanzas de ella no serían en lo sucesivo contradichas por su propia existencia y por la nuestra misma hasta el punto que lo son hoy.

En concepto mío, las grandes líneas de este plan de acción son, en lo que concierne a los trabajadores: *negarse a hacer un trabajo perjudicial al público, y luego fortificar su posición haciéndole conocer a este último cómo se le engaña y roba*; y en lo que concierne al público: *sostener estas huelgas basadas en tales motivos por una simpatía activa y por el boicot*. Estas huelgas pueden terminarse con la victoria de los huelguistas y del público, pero victoria positiva obtenida a cargo del capitalista, que tiene que reducir el importe de sus beneficios. No podrán destruir las bases del sistema actual, porque esto ninguna huelga lo podrá, a menos que se produzca por una negación terminante de trabajos para los patronos, en cuyo caso sería ésta la huelga general, la revolución social; pero sin embargo pueden establecer un lazo más estrecho y general entre los trabajadores; por otra parte las huelgas perderían el carácter individual y se convertirían en acontecimientos colectivos, mientras que hoy sólo lo son por el sentimiento y la convicción personal de unos cuantos y no por la base económica.

En la práctica, esas tácticas pueden revestir, naturalmente, múltiples formas. En primer término deben dirigirse y obrar sobre la conciencia de los trabajadores asociados y de los socialistas; hecho esto los esfuerzos prácticos no faltarán.

Si, por ejemplo, las corporaciones organizadas del gremio de construcción, acordaran que ningún miembro de la unión trabajara en la reparación de buhardillas, haciendo conocer al público al mismo tiempo la imposibilidad de sanearlas con cambios de piso o revoques, la cuestión de las habitaciones adquiriría a los ojos del público una importancia bastante grande que la que le hayan podido dar hasta aquí todos los comités, los mitines y las campañas en la prensa. Nada tiene de extraño que los trabajadores hayan sido indiferentes a toda agitación, viendo que en realidad todo marcha como antes. Unos ven a sus propios amigos o vecinos, albañiles, perpetuar la miseria de las habitaciones con ridículas reparaciones, mientras que ellos mismos, tal vez empleados de almacén, les pagan como cambio, vendiéndoles comidas o bebidas envenenadas a los albañiles, agricultores, etc. Unos matan a otros mientras que el capitalista tira de la cuerda. Si el estado de una casa es tal que al fin se declara ruinoso, nunca es por los que la habitan: *que sólo tienen que abandonarla*; no por los trabajadores que la reparan, *que no tienen más que dejarla*, sino por las autoridades encargadas de la salubridad de las clases ricas, a las que deben proteger contra la infección de los focos de enfermedad. La iniciativa y el respeto de sí mismos es poco conocido por las víctimas de este sistema; ningún esfuerzo debiera regatearse para crear esta iniciativa y respeto; y el sentimiento de la responsabilidad es uno de los medios a emplear en este sentido.

Si los constructores de edificios de Londres tomaran la resolución de no poner la mano ni en una siquiera de las zahurdas de la inmensa extensión del este y el sud de esta ciudad, muy pronto, no sólo la cuestión de habitación, sino también la del *landlord*

disimo pasaría a ser una de las primeras. El público respondería con el grito: ¡Abajo los alquileres! y los empleados de comercio podrían aportar su apoyo retirándose de los establecimientos y negándose a tocar los detestables alimentos que ahora nos venden. Esto podría dar lugar a que algunos habitantes del East-End inspeccionaran las condiciones de las casas en West-End, lo cual es ya algo, y la gran cantidad de trabajo nuevo y sano que los albañiles tendrían que hacer en mejores condiciones, les indemnizaría con creces de los sacrificios impuestos por tal huelga.

Que trabajadores de las industrias textiles denuncien la confección de las ropas defectuosas y se nieguen a producirlas por más tiempo; que hagan lo mismo los oficios similares, cuya ocupación consiste en dar a los géneros malos aspecto brillante y juntos podrán ilustrar al público sobre el modo inicu de cómo se le roba.

Lo mismo sucede en lo relativo a los trabajos químicos, tales como el trabajo infernal del blanco de cerusa u otros análogos, en los que el trabajo mismo, y no el producto, arruina la salud sin que ninguna conmiseración, ninguna piedad ni legislación produzca efectos positivos. Con objeto de que se abandonaran esos trabajos, convendría cubrir de oprobio a los que permiten que de tal modo se les mate, presentándolos como más bajos que los "black legs", como en realidad son, puesto que hacen marchar esos oficios y, mientras continúan así, nuevas víctimas, ignorando al principio qué clase de trabajo emprenden, están llamadas a llenar los huecos de los muertos que les han precedido en tan abominables trabajos.

¿Los empleados del comercio no podrían hacer triunfar sus reivindicaciones inmediatas, si adoptarían la firme resolución de considerar como *deshonroso el mentir al público*, tal como hoy lo hacen para realizar mayores ventas, y mantener o mejorar así su situación? El público se pondría de su parte, naturalmente, declarando el boicot a los comerciantes desvergonzados que se quedarían desacreditados y con sus géneros malos. Para el público en general es realmente difícil que pueda sentir alguna simpatía hacia esa clase de trabajadores, tal cual hoy son: puede afligirnos al pensar en las largas jornadas que hacen y soportar buenamente los inconvenientes que a veces nos causa el cerrar temprano un establecimiento, pero sabemos que esta clase de simpatías no impedirá al comerciante de vendernos alimentos podridos al precio de frescos.

En resumen, como consumidores, no podemos sentir ninguna simpatía hacia los instrumentos del capitalismo, y, como las grandes masas están formadas, por uno y otro lado, de trabajadores, la división y hostilidad perdura entre ellos; y una sola acción práctica: *la solidaridad mutua*, puede vencer esta hostilidad. Las convicciones y los sentimientos son también buenos factores, pero no bastan para todos los casos.

Estos ejemplos, elegidos con mejor o peor acierto, aclaran mis ideas hasta cierto punto que, por otra parte, no dependen del valor de esos ejemplos. Me doy exacta cuenta de la dificultad de dar un empuje en esta dirección, y propongo que se discuta en primer término la cuestión de la responsabilidad. En cuanto un principio es comprendido y aceptado por cierto número, hombres nuevos se presentan sin previo llamamiento, sin preparación y sin organización, para obrar de conformidad con el principio. Un movimiento puede partir del más pequeño taller por haber arrojado las herramientas los obreros, negán-

dose a hacer por más tiempo un trabajo mediocre o antisocial; o bien puede obedecer a las decisiones y acuerdos de un congreso, etcétera. Las ideas no son, después de todo, más que un paso hacia el altruismo: si un hombre que contribuye a la baja de los salarios de sus compañeros de explotación es despreciado como hermano por razón de un acto antisocial en esta cuestión, que ese desprecio se haga extensivo a todo trabajo antisocial; y si los trabajadores particulares no saben comprender este principio, que lo comprenda el público y obre en consecuencia.

Todo esto podrá parecer duro y sin entrañas, pero yo no veo en ello más que dos alternativas: o bien ser puramente sentimental, cerrar los ojos a la razón, aplaudirse de todo el mundo, excusar todas las cosas y llorar por la suerte del soldado muerto o herido y la del policía que ha salido mal parado del cumplimiento de su deber. O de lo contrario ser lógico, y en este caso no pueden hallarse excusas para todo eso, salvo la de no estar preparada la opinión pública sobre el particular, en cuyo caso nuestro primer acto será esforzarnos para despertar a la opinión sobre esta cuestión. Ignorando o negando el principio de la responsabilidad, se sigue simplemente la vía de las falsedades, la de las falsas percepciones, la de la cobardía, anotando a cargo de otro lo que esquivamos nosotros mismos, o bien la del puro sentimentalismo que nos lleva a aceptar al fin una verdad desagradable. Y digo desagradable porque aumenta el trabajo a hacer antes de obtener un cambio real; advirtiendo que, como he dicho antes, si el pueblo continúa como hasta hoy, no se producirá jamás ningún cambio.

Resulta claramente de lo que precede un doble objeto: despertar el sentimiento de la responsabilidad y utilizarlo para las huelgas colectivas, interesando al público según he descrito. Si este segundo punto se juzga impracticable el primero subsiste no obstante y debe buscarse otro medio para crear y utilizar ese sentimiento tan importante. Siento con vehemencia que es indigno de un hombre hacer a sus semejantes todo el mal que el capitalista le ordene hacer creyendo justificarse con este nombre de causa: *Yo no soy más que un instrumento. Eso puede satisfacer a los que aceptan el presente sistema y se contentan siendo instrumentos de los capitalistas y destruyendo la libertad de sus semejantes; pero los que realizan tales actos antisociales y reprueban el actual sistema, son inconscientemente unos cobardes, que no conseguirán destruirlo jamás. Yo quiero hombres que sepan en primer lugar emancipar su espíritu, que se nieguen después a realizar un trabajo que perpetúe la miseria y la esclavitud de sus semejantes y creen así una amplia corriente de simpatía y solidaridad, base propia de más trascendentales actos.*

Ese procedimiento de acción económica, me parece más apropiado a un hombre que se siente libre y que halla la base de su libertad en la libertad y el bienestar de los demás. Si no puede, negándose a trabajar para el capitalista, derribar el presente sistema social, se esforzará de algún modo para no trabajar en detrimento de los otros, guiado por su respeto propio, sin inquietarse por si la solidaridad de sus semejantes responderá o no inmediatamente a la suya. Tal es el método anarquista: Hacer uno mismo lo que quisiera ver hacer a los demás.

El viejo procedimiento político y autoritario consiste en lavarse las manos declarando que esas cosas son inevitables, y por consecuencia perpetuarlas, esperando, no obstante, que otros hagan por nosotros lo que nosotros mismos no pudimos o no quisimos

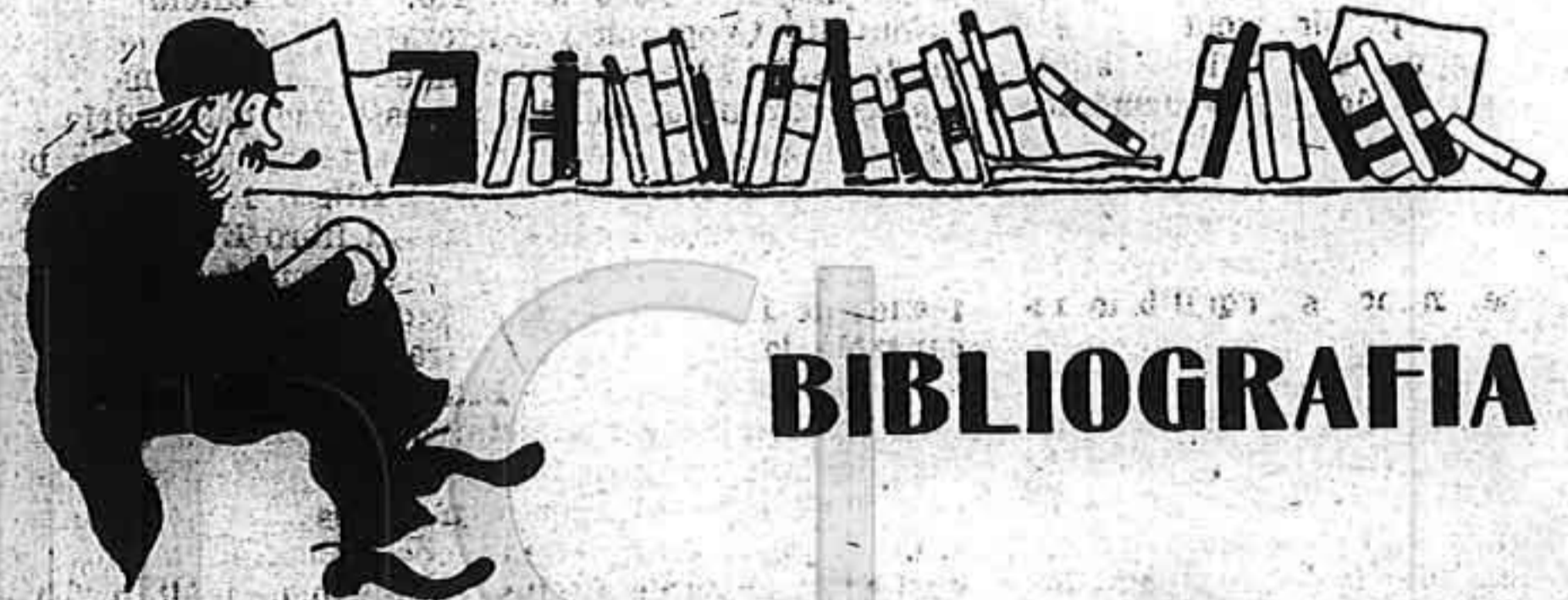
hacer (términos que con harta frecuencia se toma el uno por el otro). Los que no aceptamos ese principio fundamental en política, deberíamos abandonarlo completamente en materia social, y por consecuencia acentuar la responsabilidad de cada cual con relación a lo que hace.

Añadiré solamente que, discutiendo este tema, la palabra *moralidad* no debe emplearse en sentido que permita creer que yo exhorto a los trabajadores a ser más morales. Yo no he empleado esta palabra en tal sentido, y se presta a falsas interpretaciones. Quiero solamente que lleguen antes que todo al respeto de sí mismos, a la conciencia de su dignidad y de su libertad; y entonces su propia conciencia les inducirá a negarse a hacer actos antisociales en el más amplio sentido, del mismo modo que se niegan a hacerse delatores o "blacklegs". Es fácil decir: destruyamos primero el sistema capitalista e inmediatamente adquiriremos esas cualidades. Pero, preguntámonos: ¿quién se encargará de destruir el actual régi-

men, puesto que el dogma de Marx, según el cual los capitalistas deben destruirse mutuamente hasta el último, no nos convence a nosotros como ha convenido por tanto tiempo a los demócratas sociales?

Repito, para terminar, que no pretendo en modo alguno disminuir la importancia de ningún método actual de propaganda, pero me gustaría ver discutir las opiniones expuestas en este trabajo, sobre todo cuando los anarquistas se encuentran reunidos en las sociedades de obreros. Si se amplía la acción de las sociedades de resistencia, pasando de las cuestiones puramente de oficio a una tendencia hacia la emancipación de todos los trabajadores, tal vez habríamos hallado una vía decisiva hacia la que se dirigen todas las simpatías de cuantos se sienten libres y anhelan al mismo tiempo la libertad de los demás.

Igualmente me gustaría ver formar parte de los esfuerzos preliminares intentados en el mismo sentido.



BIBLIOGRAFIA

MAX NETTLAU — "Elisée Reclus, Anarchist und Gelehrter". — 1830-1905; Verlag Der Syndikalist, Berlín, 1928.

Este nuevo libro de nuestro incansable compañero Max Nettlau integra dignamente la serie de obras ya aparecidas del mismo autor en la editorial "Der Syndikalist" (*Errico Malatesta, das Leben eines Anarchisten, — Der Vorfruehling der Anarchie, — Der Anarchismus, von Proudhon zu Kropotkin*). Esta obra de casi 350 páginas es una verdadera fuente de inagotables detalles sobre el movimiento del socialismo libertario, de los cuales se eleva magníficamente la figura del pensador y sabio anarquista Eliseo Reclus.

De los portadores espirituales del anarquismo moderno es justamente Eliseo Reclus el menos conocido en Alemania. Aparte del conocido folleto: *Evolución y Revolución* y de algunos otros artículos debidos a la pluma de Reclus, publicados en el curso de los años en la prensa anarquista de habla alemana, se sabe entre nosotros muy poco de ese hombre singular. Y sin embargo Reclus es uno de los más notables fenómenos en la historia del moderno anarquismo, que puede pretender junto a Bakunin y a Kropotkin un puesto completamente independiente en el movimiento del socialismo libertario.

En el primer capítulo de su hermoso libro nos da Nettlau con las palabras propias de Reclus una impresionante descripción del ambiente familiar y so-

cial en que se desarrolló la primera juventud de Eliseo. En esa descripción es esbozada de una manera fina un breve resumen de la evolución histórica tan interesante del sur-este de Francia, que presta un marco precioso a aquella época de la juventud de Reclus.

Eliseo nació de una vieja familia protestante de la Gironda. Su padre, el pastor Jacques Reclus, era un hombre sincero, fuerte, que tomó en serio su fe y actuó principalmente por su ejemplo personal en el círculo de su parroquia, según fué el caso siempre en toda personalidad efectiva. A pesar de esto dominaba en la casa paterna una tolerancia bastante amplia, que preservó a Eliseo y a sus numerosos hermanos del fanatismo religioso, tan familiar en aquellos ambientes. Así fué educado Eliseo en concepciones religiosas, que obraron en él largo tiempo, pero quedó extraño a todo fanatismo, y por eso su desarrollo espiritual no fué esencialmente influenciado.

El desarrollo de un hombre es algo propio y muchas cosas quedan oscuras y enigmáticas para nosotros. Aun cuando se suponga que el hombre nace con determinadas predisposiciones de carácter y capacidades, que después se modifican por la influencia del ambiente y de la educación y son constreñidas en determinados caminos, no se puede establecer aquí, sin embargo, ningún límite ni rasgos fijos. Nadie puede decir con certeza dónde hay que buscar los gérmenes más vitales para la formación de un carácter. Si se lee la vida de Eliseo Reclus, se es inclinado a considerarlo como anarquista. Su ilimitado amor a la libertad, unido a una gran bondad de

corazón, que nos hace aparecer su naturaleza tan atractiva y simpática, se manifiestan claramente en todo período de su vida. Cada uno de sus juicios sobre los hombres y las cosas es inspirado por gran suavidad; en todas partes se muestra en él la inspiración a transformar en vida el conocimiento adquirido y a reunir a su alrededor una pequeña comunidad que viva su propia vida y eluda toda coacción externa contra otros.

Nettlau cita una frase de Paul Reclus, que podría servir como lema de toda la vida de Eliseo: "Se sea cristiano o ateo, anarquista o burgués, cuando se es de esa naturaleza se hace posible una sociedad sin ley ni autoridad".

Esto es absolutamente justo. No es el nombre lo que decide, sino el hombre. El nombre es cáscara y humo; el nombre es fachada externa, oropel engañoso; pero lo más profundo vive en los hombres mismos y se expresa por su esencia, por las relaciones con sus semejantes. Así muy a menudo la palabra anarquista oculta rudimentos de autoridad, de ansias dictatoriales y de intolerancia fanática contra toda otra opinión. No es la palabra lo que importa; es el hombre, el cual ennoblece o mancha un nombre con su comportamiento.

Eliseo Reclus ha sabido conformar su vida, en tanto que es posible, según el propio modo de ser: ha impreso a cada uno de sus actos el sello de aquel equilibrio interno que da un carácter tan armónico a todo su ser. Ciertamente tampoco él quedó libre de preocupaciones y de decepciones, pero su amplia mirada, agudizada aún por su profesión de geógrafo e historiador de la cultura, superó todas las adversidades y no le consintió perder nunca su equilibrio interior.

Pero no hay que olvidar que Eliseo no necesitó consagrarse exclusivamente a un movimiento en ningún período de su vida, como Bakunin y muchos otros. Dió al movimiento siempre y en todas partes su ayuda, pero no pasó nunca a él y se encontró casi siempre a cierta distancia, de modo que pudo observar todas las cosas, por decirlo así, desde su perspectiva. Por eso no fué alcanzado por las disidencias y escisiones internas, sin las cuales no parece que se pueda marchar en un movimiento, y pudo conservar una objetividad del juicio que no poseen en la mayoría de los casos los directamente participantes.

Nettlau ha resumido con infinito amor y esmero todo lo característico de esa vida, para presentar a los ojos del lector un cuadro todo lo completo posible del devenir de Eliseo. Como en todas sus otras obras permanece aquí el mismo historiador concienzudo, que no quiere dar leyenda, sino sólo historia y no más. Ha conseguido establecer una gran cantidad de detalles que permanecían desconocidos hasta aquí a la mayoría de los compañeros familiarizados con la historia del movimiento. Por desgracia una gran parte del material interesante se le hizo accesible después de la impresión de la edición alemana, que por ahora sólo se empleará en la edición española que aparecerá próximamente, hasta que consigamos publicar una segunda edición alemana, que confiamos ha de ser pronto.

Es una vida enormemente rica e interesante la que nos ha descrito aquí Nettlaui. Los años escolares en Neuwied y después en Francia; el apartamiento definitivo de la carrera teológica para la cual había destinado el padre a su hijo Eliseo. El período en Berlín, donde escuchó las lecciones del famoso geógrafo Carl Ritter, a cuyo método abrió perspectivas enteramente nuevas y que obró decisivamente

en su carrera ulterior de sabio. Luego el desarrollo hacia el socialismo, la primera participación en la vida política, que le hizo huir de Francia después del golpe de Estado de Napoleón III y refugiarse en Inglaterra. Luego el período de Irlanda, el gran viaje por norte y sur América, el regreso a Francia. Después el período de la Internacional, su trato con Bakunin, la guerra franco-alemana, la participación en la rebelión de la Comuna, la prisión y el destierro. Vienen después su actividad en Suiza, sus relaciones con Kropotkin y el regreso por fin a París. Pero tampoco entonces quedó tranquila la vida de Eliseo. Los hechos de Ravachol, de Vaillant, de Emil Henry y de Caserio, en la primera mitad de la década 1890-1900, dieron al gobierno francés el pretexto para severas persecuciones, ante las cuales ni Eliseo y su familia quedaron impunes. Así se vió forzado a abandonar su hogar y a dedicar sus fuerzas a la Universidad nueva de Bruselas. Y por fin el desenlace, el fin de esa vida laboriosa.

Nettlau nos describe todas las fases de esa vida verdaderamente grande y nos invade un cierto respeto ante la fuerza de trabajo justamente imprescindible de aquel hombre que ha sabido unir tan armónica y hábilmente su carrera de sabio con la del anarquista y del revolucionario. Ya la edición de la "Nouvelle Géographie Universelle", aquella obra gigantesca de 19 grandes volúmenes, con enorme material cartográfico, etc. fué un esfuerzo que podría llenar una vida entera. Pero a parte de las obras primeras, *La Terre*, etc., escribió Eliseo Reclus una serie de otras obras, entre ellas su libro *Evolución, Revolución e ideal anarquista*, así como los seis volúmenes de *El Hombre y la Tierra*. De esa rica e incansable labor no ha sido traducida casi nada en alemán. La energía de Francisco Ferrer ha conseguido presentar a los lectores españoles la obra monumental *El Hombre y la Tierra*. En Alemania nadie piensa en ello. Sería para nosotros una hermosa acción si pudiésemos editar una colección de los pequeños trabajos de Reclus y ante todo su libro "Evolución, Revolución e ideal anarquista". ¿No habría de darnos el estímulo para ello la preciosa obra de nuestro camarada Max Nettlaui?

Hay que mencionar todavía especialmente que Nettlaui ha destruido también en su libro aquella vieja lo de Bakunin, que todavía hoy se repite automáticamente, a pesar de que el manuscrito de Montauban se dió a la publicidad hace unos años. Ese manuscrito fué encontrado en la buhardilla por la leyenda según la cual Eliseo Reclus era un discípulo de Dumesnil entre otros escritos juveniles de Eliseo en Bruselas. Por una observación de Eliseo se supone que procedió del año 1851, pero Nettlaui menciona diversas razones que favorecen la tesis de que ha sido redactado en 1849. Sea como quiera, ese trabajo testimonial que Reclus se confesaba anarquista ya aquellos años y en consecuencia no pudo tener por maestro a Bakunin. Algún pensamiento de Bakunin, que desarrolló tan magníficamente en sus escritos ulteriores, está ya contenido en el manuscrito de Reclus. También se desprende del libro de Nettlaui que Eliseo no perteneció nunca al círculo íntimo de Bakunin, pero no obstante lo tenía en alto aprecio.

No sería completa mi mención del libro de Nettlaui si no citase aquí la relación íntima que existió toda la vida entre Eliseo y su hermano mayor Elias. De esa maravillosa relación nos aparece más cariñoso y firme lo profundamente humano de ambos hombres y los hace doblemente queridos.

Pero la Editorial Der Syndikalist merece nuevo

agradecimiento por haber enriquecido con la edición de esta magnífica obra la literatura del socialismo libertario en Alemania. Este esfuerzo de la Editorial que tal vez más tarde se apreciará debidamente, es su mayor e inolvidable mérito. La Editorial en los pocos años de su existencia ha hecho más por la literatura anarquista de lengua alemana que todo el movimiento anarquista de Alemania en los últimos cincuenta años. En el extranjero se sabe apreciar mejor que entre nosotros esa actividad. Ojalá la Editorial pueda seguir sin interrupción su acción bienhechora y no se deje extraviar por nada. Lo que aquí se lleva a cabo es imprescindible. Que todos nuestros compañeros apoyen sólidamente la Editorial y la ayuden por la difusión de nuestra literatura.

Pero a la Guilda de Amigos del Libro le presento nuevamente el problema: ¿No ha llegado la hora de comenzar con la edición de la biografía de Bakunin en cuatro volúmenes, la obra de la vida de nuestro amigo Max Nettlaui, por decirlo así? ¿Hay en dieran cooperar? Un poco más de actividad y de entusiasmo por nuestras ideas y podremos señalar a América todavía un número de compañeros que pudieran en mayor medida que aunque pocos es posible realizar algo grande y fecundo, cuando se tiene la firme e inmovible voluntad de hacerlo. —R. ROCKER.

Hemos transcrito del "Syndikalist" de Berlín la nota bibliográfica anterior porque refleja nuestro pensamiento relativamente a la obra de Nettlaui y a un problema que todavía no hemos resuelto: la edición de la biografía de Bakunin. Los lectores españoles podrán saborear la biografía de Reclus el mes que viene, por lo menos el primer tomo. Pero la obra fundamental de Nettlaui, la biografía de Bakunin, todavía está inédita...

Dr. NATALIO MURATTI. — "Municipalización de los servicios públicos". — Estudio económico, financiero, político, jurídico y social. Con un prólogo del Dr. R. Bielsa. Buenos Aires, 1928, 232 págs. 4.º.

He aquí un libro que propicia la municipalización, en sentido general provincialización, o mejor dicho la socialización de los servicios públicos de necesidad de una manera parecida a como lo hace el "socialismo municipal" inglés. Podemos decir que no van más allá las modernas aspiraciones prácticas de la socialdemocracia internacional.

Esta obra, dejando ya a un lado su rico contenido, nos interesa como exponente de una solución que se quiere dar a la administración pública en un sentido más eficiente para el interés colectivo que el de la administración actual, en el que predominan las concesiones. Está de más decir que no compartimos este punto de vista, que lo combatimos como combatimos todo lo que tienda a aumentar la intervención central del municipio, de la provincia o del Estado nacional en la vida de la sociedad. Pero reconocemos que el anarquismo se ha circunscrito mucho más a una oposición negativa a esas tendencias que a esbozar tan siquiera las bases generales de su organización de los servicios públicos en una sociedad de libres y de iguales. Por eso creemos que la lectura de obras como la presente tienen el mérito de sugerir el estudio de las propias deficiencias para llegar a oponer a tendencias como la propiciada por el Dr. Muratti un conjunto de realizaciones o de afirmaciones concretas,

positivas. Justamente nosotros pensamos que la reconstrucción de la nueva sociedad será comunal más bien que estatal, pero si se tratara de proceder prácticamente veríamos cuán grande es la confusión reinante en nuestros amigos. ¿Formarían nuestras comunas un conjunto administrativo más o menos perfeccionado pero de estructura parecida a la actual? ¿O bien un conjunto de funciones y servicios sindicalmente controlados y organizados? ¿O no habrá ni lo uno ni lo otro? Hemos de convenir ante todo que se necesita una organización, un sistema administrativo, un cuerpo técnico y social encargado de la regulación de los servicios públicos. Pero es preciso saber algo más, y si un autor como el Dr. Muratti presenta una solución, nosotros no nos atreveríamos a internarnos demasiado en el tema por temor a entrar en el campo de las divagaciones puramente individuales. Sin embargo, este libro nos proporcionará la ocasión de dar en otra oportunidad algunas ideas sobre nuestra manera de encarar la cuestión.

MAX JIMENEZ. — "Unos fantoches". — Ediciones del Convivio, San José, Costa Rica, 1928. 51 páginas.

Un joven escritor centroamericano reúne en este pequeño folleto dos relatos que no carecen de penetración psicológica y que sobre todo revelan un estilo personal en formación.

—(o)—

DE NUESTRO CANJE

- "Bulletin of the Relief Fund of the IWMA", for anarchists and anarcho-syndicalists imprisoned or exiled in Russia, París-Berlín, diciembre de 1928. A. S. Bergmann, 120 rue Tahere, St. Cloud (S. et O.), Francia.
- "The Road to Freedom". Vol. V, N.º 4, diciembre 1928, New York.
- "La Organización Obrera", órgano de la F. O. R. A., Buenos Aires, enero de 1929.
- "Solidaridad", año XI, N.º 191, 22 de diciembre de 1928, Brooklyn.
- "El Obrero Ladrillero", año VIII, N.º 52, enero de 1929, Buenos Aires.
- "L'allarme", anno II, N.º 12, 18 de enero, Buenos Aires.
- "Verbº Rojo", 3.ª época, año I, N.º 8, 2.ª quincena de diciembre de 1928, México.
- "L'Emancipazione", mensil libertario del West San Francisco, Cal., anno II, N.º 12, diciembre 15 de 1928.



Libros y folletos publicados por la Editorial LA PROTESTA

MAX NETTLAU.—	
"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873	\$ 0.50
Edición especial, papel pluma	" 1.—
Encuadernado en tela	" 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista. Traducción de Diego Abad de Santillán	
	" 1.20
Edición especial, papel pluma	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo"	" 0.15
RUDOLF ROCKER.—	
"Johann Most, la vida de un rebelde".	
Prólogo de A. Berkman. Dos tomos. Precio de cada tomo	" 1.50
"La maldición del practicismo"	" 0.10
RUDENKO.—	
"En Ucrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company	
	" 0.15
JAMES GUILLAUME.—	
"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica)	
	" 0.20
MIGUEL BAKUNIN.—	
(Obras Completas)	
I "La Revolución Social en Francia". — Tomo primero. Prólogo de Max Nettlau. Traducción de D. Abad de Santillán	
	" 1.50
II "La Revolución Social en Francia". — Tomo segundo. Prólogo de Max Nettlau	
	" 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau	
	" 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau	
	" 1.50
Los mismos, encuad. en tela ..	" 3.50
ERRICO MALATESTA.—	
"Anarquía"	" 0.20
"En el Café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri ..	" 0.30
PEDRO KRÓPOTKIN.—	
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" ..	
	" 0.50
Encuadernado en tela	" 1.50
"A los jóvenes"	" 0.10
LUIS FABBRI.—	
"Cartas a una mujer sobre la anarquía"	
	" 0.50
Encuad. en tela	" 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo"	
	" 0.20
C. LOMBROSO y R. MELLA.—	
"Los anarquistas" (Estudio y réplica) ..	
	" 1.—
NIDO, ROCKER y NEMO.—	
"Nacionalismo y anarquismo"	
	" 0.20
SEBASTIAN FAURE.—	
"Mi Comunismo" (La felicidad universal)	
	" 2.—
Encuadernado en tela	" 3.50
"Temas Subversivos"	
	" 1.50
También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:	
La falsa redención. — La dictadura de la burguesía. — La patria de los ricos. — La podredumbre parlamentaria. — La moral oficial y... la otra. — La mujer. — El niño. — Las familias numerosas. — Los oficios odiosos. — Las fuerzas de la revolución. — La conmovión revolucionaria. — La verdadera redención.	
J. DEJACQUE.—	
"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau y Eliseo Reclus	
	" 0.50
WILLIAM MORRIS.—	
"Noticias de ninguna parte"	
	" 1.—
ELISEO RECLUS.—	
"A mi hermano el campesino"	
	" 0.10
"La anarquía y la iglesia"	
	" 0.10
JUAN CRUSAO.—	
"Carta Gaucha". 7.ª edición	
	" 0.10
D. A. DE SANTILLAN.—	
"La jornada de seis horas". — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo ..	
	" 0.10
AGUSTIN SOUCHY.—	
"La Ucrania revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) ..	
	" 0.30
S. RADOWITZKY.—	
"La voz de mi conciencia"	
	" 0.10
VARIOS.—	
"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un volumen en 4.ª, encuadernado en tela	
	" 2.—
ANSELMO LORENZO.—	
"El derecho a la evolución"	
	" 0.10
ANA M. MOZZONI.—	
"A las hijas del pueblo"	
	" 0.10